JUAN SEMERIA

MARIA

BX2161
.S47

IDEAL DE SANTIDAD

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 1 1987
THEOLOGICAL SEMINARY

BX2161
.S47

MARIA IDEAL DE SANTIDAD

P. JUAN SEMERIA
BARNABITA

MARIA IDEAL DE SANTIDAD

EDICIONES PAULINAS

Título original de la obra:
Maria Ideale di Virtú

Es propiedad

EDICIONES PAULINAS

Avda. Bdo. O'Higgins, 1626 — Casilla 3746 — Santiago-Chile

Con las debidas licencias

Las breves meditaciones que presentamos, son el fruto de un suavísimo Mes de María que el Padre Semería dictó a los alumnos del Instituto "Vittorino da Feltre", de Génova. Yo recuerdo con emoción como si fuera hoy, la figura serena del Padre Semería elevar la mirada a la dulce imagen de la Madonna de la Providencia, entronizada bajo el arco del altar, en la Capilla del Instituto, como si quisiera tomar la inspiración en los ojos maternales de la Virgen Santa, y luego decir sus breves palabras alentadoras, con aquella manera y con aquel ánimo como él las sabía decir, con su corazón grande y con su noble inteligencia.

Puedan estas páginas marianas excitar en el alma de cuantos las leerán, los mismos sentimientos de piedad y de caridad, que ardían en el corazón del P. Semería.

P. I. M. Clerici, Bta.

I

HACEOS SANTOS

La idea de la Santidad domina toda entera la vida cristiana, porque puede considerarse como la esencia misma de la vida religiosa. Al cantar las alabanzas de María no podía la Iglesia expresar mejor su concepto sobre ella, que diciendo que era Santa; es ese, como un compendio de todos cuantos elogios habían de seguirse. María es Santa, más bien dicho, la Toda Santa, como familiarmente la saludan los Griegos, la "panagia". Era Santa, pero no con esa santidad exterior, a la que degenerándose, se reduce la santidad en las religiones farisaicas; santa interiormente, penetrada del todo de Dios, de su luz y de su amor. Santa en cuanto a la rectitud de sus pensamientos, santa en la generosa pureza de sus afectos, santa en la digna sencillez de su vida, santa en los ingenuos impulsos de su primera edad, santa en el matrimonio con José, santa en la espera virginal, santa en las ansias maternales, en las breves sonrisas y en el dolor profundo. Es la santidad, el soplo que anima su existencia, el aceite que la penetra y el perfume que de ella se difunde. Santa, y esta palabra, nos la hace más venerable que ninguna otra. Es ese el adjetivo que espontáneamente nos viene a los labios cuando queremos demostrar nuestra veneración por una persona de este mundo: ¡Santa mujer! decimos con gusto, al hablar de nuestra madre, para traducir en toda su extensión el respetuoso afecto que hacia ella sentimos.

Pero aquel "Santa", que debería sonar también como un llamado, a muchos, en cambio, infunde temor. Un llamado, porque para los cristianos, todo es objeto de imitación en los Santos, pues son ellos nuestros modelos. Un llamado, porque la santidad es la meta precisa, a la cual Jesús querría conducirnos. Y no se trata aquí de interpretación. La invitación es formal, está expresada en el Evangelio. "Sed perfectos" nos dice Jesús, y en aquel "sed" (estote), más que la severidad de un mandato, nos complacemos en sentir la inefable y persuasiva dulzura de una invitación. Parece que Jesús dijera: sed Santos y sedlo todos; no os espantéis, no os parezca exageración, ni algo demasiado difícil; sedlo todos y no os imaginéis que aquella palabra "santidad" signifique un privilegio una excepción.

Son estos, más o menos, los prejuicios que obstaculizan el camino de la santidad y hacen disminuir el número de los que la frecuentan. A causa de tales prejuicios, puede parecer extraño el llamado, especialmente a los jóvenes. ¿De manera que no basta con ser buenos? y ¿se han de sacrificar las alegrías de la primavera de la vida? ¿la escuela y la familia se han de convertir en un convento? Basta. "Basta" es una palabra desconocida a los deseos intensos y fuera de lugar para los buenos deseos. El economista, —el hombre económico— jamás dice basta ante el dinero; y el voluptuoso nunca, desgraciadamente, dice basta a sus placeres. También dice el deseo: Lo que es mal, es siempre demasiado y lo que es bien, jamás es bastante. La ciencia nunca basta, porque la verdad es algo hermoso y bueno. En el arte jamás es bastante la belleza, porque constituye ella la vida del arte y el arte es el gozo de la humanidad. Y la bondad, tampoco nunca basta; jamás se llegará a ser suficientemente bueno. Pero cuando se desea ser cada vez mejor, se podrá ser Santo. La Santidad es la virtud a alta tensión; es el impulso, el entusiasmo, la poesía del bien.

El bien que se hace a duras penas, por fuerza, como con cuentagotas que gotea, como ciertas fuentes pobres en un desierto de arena, es la mediocridad. Hay quien no pasa de la mediocridad; hay quien, desgraciadamente, apenas logra llegar a ella, pero ¡qué lejos está esto de ser el ideal!... Horacio no la admitía en el arte: en el Parnaso no tenían cabida los mediocres. Y en cierto modo, Jesús no la acepta en Su Reino; la tolera como hecho, pero no la admite como doctrina; dice y repite: "Sed perfectos, sed Santos".

Y de ello, no tendréis que arrepentiros.

No es la Santidad un peso que agobia, ni una pompa que agota. El santo no es un hombre agotado, un hombre que tenga un radio reducido, un hombre mediocre, una inteligencia a medias que teme a la verdad, un corazón mediano que no sabe prodigarse con generosidad, ni una conciencia incapaz de cargar con las más graves responsabilidades, ni un brazo que no sabe obrar resueltamente ni en defensa, ni al ataque; no es un anémico, un vacilante. Son todas estas las caricaturas, quizás, de la santidad, que el arte de los enemigos y también la idiotez de los amigos se encargan de propagar: son tal vez las caricaturas, pero no el retrato. Para San Pablo, la santidad era la plena madurez del ser humanos; el Santo era para él un hombre perfecto, un "virum perfectum".

La santidad es la perfección del hombre; quien invita a un ser cualquiera a ser perfecto, no lo invita a envolverse, sino a desenvolverse; no a disminuirse, sino a crecer; no al agotamiento, sino a la riqueza. La santidad es vida, es movimiento, valor, acción y nobleza; la santidad es la efervescencia de la vida, la efervescencia buena, verdadera, no de lo que cae, sino de lo que sube. Los Santos han sido hombres: han llevado la frente alta, cual si fuese de bronce, como ezequiel; han tenido audacia en pensamientos y acciones, como Tomás de Aquimo o Francisco Javier; ternuras exquisitas, como

Francisco de Sales; han luchado como soldados, han sufrido como mártires y han llorado como hombres. La aureola que circunda sus cabezas, no es el signo postizo de una nobleza extrínseca, como el título de Conde aplicado a un mendigo, o el de Doctor atribuido a un tonto, sino la irradiación exterior de una llama viva que brota desde adentro.

Los Santos atraían en vez de rechazar: individuos y muchedumbres lejos de huir despavoridos, se acercaban con entusiasmo a ellos. Han sido campeones de la raza humana.

Perfección de la bondad, pero no forma especial de ella, encontramos la santidad en todas las edades de la vida y en todas las condiciones de la sociedad. En los jóvenes imberbes anticipa ella la madurez espiritual de la edad viril y conserva una juvenil frescura de espíritu en los ancianos más venerables.

Santa María, ruega por nosotros —es decir: haznos como tú Santos— infunde en el alma joven un infinito deseo del bien.

Sancta Maria, ora pro nobis.

II

LA SIERVA DEL SEÑOR

¿Quién es María? Muchas definiciones hemos tenido y meditado... muchas y ninguna, o al menos, ninguna tan bella, precisa y segura como aquella que de Ella misma nos vino. En un momento de profunda conmoción, uno de esos momentos en que la mirada interior es más lúcida y la palabra más sincera, María se definió a sí misma. El ángel la había saludado como llena de gracia, le había anunciado la maternidad de Jesús... y Ella, María, responde: "He aquí la sierva del Señor". Quién habla es Ella misma y habla mirándose, contemplando su propia realidad. Dios ha hecho, hace y hará de Ella y en Ella, grandes cosas: "Fecit mihi magna qui potens est". María no niega, ni olvida todo esto, sino que su mirada se fija en lo que ella es por sí misma. Y por sí misma es sólo una pobre criatura... por lo tanto es la sierva, la esclava del Señor. Es esta una terminología que a través de la Virgen, pasa del Antiguo al Nuevo Testamento. Ya habían hablado así nobles y santas mujeres hebreas y hablarán así los Santos, formados en la escuela del Evangelio. San Pablo, al proclamarse siervo de Dios y de su Cristo, "servus Jesu Cristi", pondrá en ello, una especie de pasión.

Hay en estas palabras un no sé qué de tierno y además el secreto de una profunda humildad. La ternura está en el hecho de que el siervo de la sociedad oriental, aún siendo, como individuo, bastante menos

que el siervo nuestro, está mucho más íntimamente ligado a la familia, mejor dicho: le pertenece. Pero es una ternura humilde, razón por la cual se adapta admirablemente a una pobre criatura. Jesús extrajo toda la potencia de la humildad contenida en esta breve palabra. A los Apóstoles que se gloriaban de los primeros éxitos de su apostolado, recordó las costumbres de los patrones con respecto a los siervos al decirles: "Cuando hayáis hecho milagros de actividad, decid: Somos siervos inútiles, hemos hecho, trabajando bastante, hemos hecho pura y simplemente nuestro deber": "quod debuimus facere, fecimus". Siervos inútiles: no necesita Dios de nosotros, sino que nosotros tenemos necesidad de El; no es El algo más, gracias a nosotros, sino que nosotros seríamos nada sin El.

No obstante, esta humildad no está exenta de grandeza y eso nos lo demuestran las palabras que María dice, a continuación: "Fiat" mihi secundum verbum tuum": que se cumpla en mí, la voluntad de Dios.

Puede decirse que en ese "fiat" se resume toda el alma y toda la vida de la Virgen: no dijo, ni hizo, ni fue Ella otra cosa que eso. Profundicemos. Puede haber y hay, frente a la voluntad de Dios, en el hombre, en la criatura, en nosotros, fuera del instinto rebelde, puede haber una actitud pasiva, una aceptación de la voluntad del Señor, a la manera que se acepta, no diré el mal, sino lo fatal, lo inevitable. Es esa una actitud que nos parece típica de los musulmanes; es una actitud determinada por el concepto de la potencia, o mejor diría, de la omnipotencia de Dios, solamente.

"¿Qué se saca (dice el alma con Dante, se dé cuenta o no de ello) qué se saca con dar cornadas al destino?" Y el alma se doblega, se inclina. El "fiat" de la Virgen no traduce esta actitud... falta allí el amor, que en el alma de la Virgen arde triunfante. María no se doblega, no se inclina ante la voluntad de Dios para someterse a ella, sino que se levanta, se alza para abra-

zarla con infinito amor. Ama María la voluntad de Dios, como se ama la voluntad de un padre; la ama y la hace suya. La voluntad de Dios se convierte en su voluntad; quiere ella, activa y positivamente, lo que quiere Dios. Es una metamorfosis, una transformación, una sublimación del querer humano en el querer divino. No es la rama que, por instinto de conservación, se encorva para no quebrarse, con el soplo del viento impetuoso, sino el lanzarse de un hombre a la corriente de un río, para secundarla y utilizarla nadando.

El amor a la voluntad de Dios no es sólo uniformidad profunda, es también uniformidad activa. El hombre que ama la voluntad de Dios, la cumple, es decir, la secunda, la realiza en sí mismo y fuera de sí mismo, la hace triunfar de todo obstáculo. Aunque, en efecto, pueda parecer y sea misterioso el fenómeno, no por eso es menos cierto: no siempre triunfa automáticamente. El misterio de la libertad ha hecho y hace todavía que una voluntad humana pueda ir en contra de la voluntad divina y aun sin levantarse activamente en contra, resistirle con una especie de resistencia pasiva, hacer obstrucionismo contra Dios. Quiere Dios la verdad, quiere que sea ella reconocida por las mentes humanas y confesada por los labios; y la verdad, en cambio, es desconocida y abiertamente negada; sus valientes y fieles confesores son perseguidos. Dios quiere la justicia, la más escrupulosa y completa justicia: quiere que el mérito sea premiado y deshonrada la charlatanería y en cambio, con demasiada frecuencia, triunfa la iniquidad, son aclamados los charlatanes y los verdaderos valores, despreciados. Quiere Dios que entre nosotros estemos unidos por medio del amor, de la caridad, así como desea un padre la más estrecha concordia entre sus hijos y el odio continúa su obra de disgregación, de devastación. Esa es la dolorosa realidad. A nosotros sus hijos y sus soldados nos corresponde desposarnos con la causa de Dios con el mayor entusiasmo, para ha-

cerla triunfar efectivamente. Inmenso honor es el que nos está reservado, de ser los colaboradores de Dios y ejecutores de sus designios. Habrá en nuestra alma y en nuestra sociedad, tanto de divino, de divinamente bello, cuanto hayamos sabido realizarlo nosotros mismos... ni más, ni menos. La causa de Dios está en nuestras manos. En vano diremos cada día, siguiendo la sugerencia de Cristo, "fiat voluntas Dei" que se haga su voluntad, si nosotros mismos no la cumplimos. Para que se haga, es menester que la hagamos.

Esta rendición activa de nuestra voluntad a la voluntad de Dios, transforma el "fiat" de la humildad, en el "fiat" de la potencia, de la fuerza. El "fiat" de la Virgen se asocia al gran designio de la Redención, como parte activa, indispensable; podría decirse que el "fiat" de la humilde mujer, unido al de Dios llega a ser omnipotente, imperial. También nosotros, unida nuestra voluntad al querer divino, seremos poderosos.

Toda voluntad humana que se ejerce contra la divina se agita y no adelanta, se esfuerza y nada logra, se desgasta y no produce. Sólo aquella voluntad humana que ha sabido identificarse con la voluntad divina es activa y constante para hacer el bien; es la voluntad del siervo que se ha redimido y se redime de su servidumbre, elevándose hasta la altura del patrón.

Fiat, fiat voluntas tua.

III

MADRE Y VIRGEN

Madre y Virgen —es el doble saludo que se hace a María, la Mujer íntegra y perfecta— los honores de la maternidad, unidos a la belleza de la virginidad; la madurez del fruto y el perfume de la flor. En Ella y por Ella está consagrada la virginidad, no sólo a la admiración, sino tambi.n a la imitación de los siglos cristianos.

Este culto de la virginidad tiene su anticipación en el mundo pagano, donde, sin duda, los anticipos al Cristianismo no faltan. Con igual reverencia saluda Roma al legionario que extiende su dominio con la espada, al magistrado que hace observar las leyes y a la vestal, vigilante custodia del fuego sagrado, inmortal símbolo de la patria.

Silenciosa, sube al lado del Pontífice, en los días de culto más solemne, las gradas del Capitolio. Pero es esa una rarísima excepción. Tanto la mujer pagana, como la mujer hebrea tiene una función única, exclusiva, suprema: es la maternidad. Ella debe engendrar hijos para la patria, debe contribuir así a la grandeza del pueblo. La maternidad es el ensueño de las jóvenes hebreas; y una maternidad efectiva, fecunda. Una esposa sin hijos, se avergüenza de sí misma, se cree objeto de una maldición divina, y la niña que no ha encontrado esposo, se considera como una infeliz; es la suya, una vida fracasada. La mujer es allí, como una gallina que está empollando y son los pollitos los que constituyen su glo-

ria. Son éstos, un concepto y un ideal, que están muy lejos de ser vulgares, pero en los cuales, son profundamente desconocidos los derechos de la individualidad femenina. La mujer no vale por sí misma, en este concepto, vale por los otros; no está su grandeza en el ser, sino en el obrar.

En consideración a eso, la virginidad triunfante en el Cristianismo representa una revolución. La joven que no encuentra marido no mira ya su existencia como fracasada, fallida su misión y su vida; por el contrario, sucede que niñas nobles, ricas y bellas no se casan, porque no quieren. Estas se bastan a sí mismas. Exhalar un perfume de espiritualidad puede ser el fin, puede constituir el valor de la mujer.

Tiene ella una personalidad suya, que es como una fuente, cuyas aguas, si no se escurren fecundando, caen nuevamente sobre ésta, en chorros de exquisita belleza. La virgen, tal como el Cristianismo la concibe, es una personalidad espiritual. En efecto, no es virtud según el concepto cristiano, la eventualidad de no encontrar marido, ni tampoco una frialdad apática y antisocial; pero un gran amor, un amor espiritual, que absorbe en sí mismo todas las energías afectivas de una joven, es virtud de pureza y de virginidad. La virgen cristiana ama a Dios y todas las nobles y superiores realidades que en este santo nombre se compendian; le ama hasta tal punto, que ya fuera de El no sabe amar nada, ni a ninguno.

Cuando el amor de Dios triunfa en un alma en tal manera, cuando por esta causa prefiere una soledad austera a una dulce y suave compañía, es esa la virginidad virtuosa, heroica y digna de la mayor admiración. En esta su espiritual pureza, el fenómeno es raro, pero no por eso deja de ser grande. Hablará el mundo de egoísmo y de frialdad y, sin embargo, deberá convenir que hay algo de magnífico en esta soledad de una criatura a la que le basta su Creador. La reserva exterior es

fácilmente incomprendida: es la nieve del volcán que cubre el incendio que dentro de él arde. El níveo candor virginal oculta las llamas de caridad divina, que en el interior se encierran.

Y, por eso mismo, esta mujer virgen recobra, bajo otra forma, los honores de la maternidad. Imposible es pertenecer a Dios con el fuego interior de la caridad, sin que ese incendio se propague. El corazón de una virgen que para con Dios tiene ardores de esposa, necesariamente tiene para con la humanidad, ardores de madre. Dios es padre, en el concepto cristiano y es imposible amarle en sí mismo, sin pensar con amor eficaz y activo en sus hijos. ¡Cuántos de estos hijos que habitan sobre la tierra, son infelices! Unos por vicio de la mente o por defecto del cuerpo, otros por ser huérfanos de madre o con padres que más valiera no tenerlos. Todos estos necesitados, principalmente ellos, necesitan de una madre: hay ciegos que van a tientas por el tenebroso sendero de la vida, sordos para quienes el mundo es un silencioso desierto, idiotas en los cuales parece fatalmente adormecida, si no muerta por completo, la inteligencia... ¿Quién les dará una madre a todos esos infelices? La caridad cristiana, de acuerdo con la cristiana pureza; la caridad, que en su forma divina, arrancará millares de mujeres a la familia natural, a sus santos goces, y luego con el corazón purificado, elevado, se inclinarán hacia la desgracia y el dolor. Las vírgenes serán madres, las mujeres que desdeñan todo placer, se abrirán a todo dolor y olvidándose de sí mismas, serán todo corazón, todo fuego, todo amor para los demás. Es ése el maravilloso espectáculo que la virginidad cristiana nos ofrece.

Tal vez en los primeros siglos, el aspecto solitario de la virginal pureza, venció sobre el aspecto social; las vírgenes parecen más bien encerradas en Dios, que abiertas a la desventura. Y, no obstante, su amor divino jamás es egoísta: ruegan y edifican, elevan al cielo el

más puro incienso de la plegaria y lo esparcen en torno suyo como celestial perfume, contra la corrupción del siglo. Los monasterios son observatorios abiertos hacia el cielo y centros de desinfección moral sobre la tierra. Transcurre el tiempo y poco a poco éstos se abren; el tesoro de caridad acumulado durante siglos, salta cual torrente irresistible y benéfico. El monasterio se convierte entonces en casa de huérfanos, hospitales, escuelas para los pobrecitos. La reja que se levanta todavía, para impedir la entrada al placer, se baja, como el puente levadizo de los antiguos castillos ante el señor, ante la Dama desventura. Casi no se sabe qué es lo que atrae hacia el monasterio a las almas elegidas, si el ansia de consagrarse a Dios, o la de sacrificarse trabajando y sufriendo por sus hermanos; si el perfume de la virginidad o el misterio de maternidad nueva, vasta y sublime.

Y a la cabeza de toda esta cohorte está María, la Virgen de las vírgenes, el tipo perfecto, que por amor a Dios, renuncia al amor humano y encuentra en el amor divino las energías de la más alta maternidad. Y es todo esto una creación cristiana que nos reconcilia profundamente con esta pobre humanidad... en la cual se encuentran desgraciadamente tantas Evas de los placeres, (Evas que arrojan en el fango la florida corona de la virginidad, sin ceñir aquella austera y noble, la diadema de la maternidad...) pero en la cual han florecido y florecen las Marías con la doble corona de una virginidad inmaculada y de una maternidad verdaderamente fecunda.

Gaudia matris habens cum virginitatis honore.

IV

MADRE DE JESUS

¡Madre... Jesús! ¡Qué grandes nombres los dos!, grande el uno en el corazón de la humanidad y el otro, grande en la historia de ella. Madre es la síntesis del amor más activo, más tierno, más generoso. Ninguna mujer da y hace tanto, como una madre por su hijo, ninguna se sacrifica con tan magnánima sencillez. Desde luego, su don es un sacrificio, porque da de sí misma, como la flor que se eclipsa en el fruto. Es el nombre más familiar y más augusto: se le pronuncia cuando se quiere atraer a una mujer a la propia intimidad, la más tierna y humilde, se le pronuncia también cuando se quiere colocar a una mujer en alto en el propio culto. Ordinariamente se llama a una reina la madre de sus pueblos y una madre es una reina en su casa. "Madre" es el saludo espontáneo del niño y el grito supremo del hombre ya adulto: demuestra un hecho fisiológico y sintetiza las más altas idealidades. Es una sencilla guirnalda y una augusta corona, sobre la cabeza de una mujer.

María es Madre... Madre de Jesús... el nombre más augusto, más grande y más santo de la historia humana... Jesús, el Hijo del hombre, quien también es Hijo de Dios, el vástago de David, que pertenece a la humanidad entera, nacido en un día fijo y centro de los siglos. María se empurpura con toda la gloria que este nombre irradia, así como ciertas nubes que se cubren de púrpura, cuando el sol naciente o poniente las

tra el Hijo, se verá envuelta también la Madre. Esa espina permanece clavada en el corazón de María, como una amenaza. Y la amenaza se convierte en realidad; y todas las ansias apostólicas del alma de Jesús fueron temores para María y las derrotas de El también lo fueron para Ella. Repugnaba inmensamente a su manso corazón, el odio de que sus enemigos hacían objeto a su Hijo tan manso, tan bueno... y al comprender la horrorosa injusticia, se redoblaba su tristeza. Y luego, toda la trágica pasión del Hijo fue revivida espiritual e íntimamente por la Madre, en su alma exquisita, sensible y delicada.

Madre gloriosa y humilde, madre feliz y dolorosa: recordémoslo cuando repitamos el "Mater Christi, ora pro nobis", repitámoslo pensando que Ella, "Mater Christi" es, al mismo tiempo, Madre nuestra, madre espiritual de aquellos que saludan en Jesús a su primer hermano.

Mater Christi, ora pro nobis.

V

LLENA DE GRACIA

"Gratia plena" es el saludo del mundo a María, saludo de ángel y de hombres, que muestra gran reverencia. ¿Reverencia a qué? ¿a qué realidad espiritual? La palabra "gratia" puede parecer equívoca; en cambio, la variedad de sus significados constituye su riqueza. Los griegos tomaron, como a griegos convenía, la palabra en sentido estético. Fueron las tres gracias, los tres tipos ideales de la belleza. Todavía ahora, aquel primer sentido griego estético, no se ha perdido: decimos graciosa, agraciada a una criatura bella. Y la gracia, cuya plenitud se atribuye aquí a María, "gratia plena", es también belleza. Porque no existe sólo la fatal belleza de la cual, tan fácilmente se envanecen las criaturas que la poseen y de la que son demasiado admiradores los que la contemplan. Hay otra belleza que es la del espíritu, la del alma. Ante algunas criaturas privilegiadas, decimos: ¡que alma bella! ¿no es verdad que todos sentimos la especial fascinación de esa hermosura interior? La cual por muy interior que sea, irradia hacia afuera, a través de la opacidad de la materia. Hay fisonomías que no puede decirse que sean bellas en cuanto a regularidad de facciones, viveza y fusión de colores, pero que son hermosas, gracias a una difusa luz de gran bondad; criaturas humildes y dignas, serenas y graves, fuertes y dulces, las que jamás nos cansaremos de ver y volver a ver. Indudablemente, se encontraba en María esta

belleza. ¡Toda bella! la saludamos en la liturgia; innumerables expresiones de belleza encontraron para Ella, con una inagotable fuerza de invención, los pintores y escultores de la humanidad.

Pero esta hermosura que en María celebramos y hacia la cual nuestra alma suspira, porque también nosotros deseamos la gracia, esa hermosura es causada por la bondad, es hecha de bondad, es bondad. No otra cosa que esto es la gracia, bondad divina, exquisita y superior, del alma. Entre la bondad y la belleza de que hablábamos, existe la misma relación que entre la salud y la belleza del cuerpo. En verdad, la hermosura del organismo no es sino la luz de su vida plena, de su salud perfecta. Si está enfermo, pobre de vida y raquítico, el organismo humano tiene feo aspecto, y en cambio, si está sano, fuerte y vivo, resplandece de belleza. Asimismo acontece al alma: si está envilecida y llena de mezquindades, es desagradable a los ojos del espíritu; si es buena, es decir si está viva, con su verdadera vida, aparece hermosa. La gracia es la más alta y exiquita forma de bondad. Es esto lo que saludamos en María, cuando decimos "gratia plena". Por desgracia, nos contentamos habitualmente con una bondad atenuada, incompleta y débil. Aun moralmente, la mayoría de los hombres no llega al polo, al extremo; no es la maldad lo que nos hiere más en ellos, es, más bien, la mediocridad. No son malos ni buenos o son buenos a medias, buenos hasta decir punto, no luchan abiertamente contra el mal y más bien se arrastran por el camino del bien. Una bondad sin entusiasmo es incompleta. Y por lo mismo que no resplandece con ninguna belleza, no excita en nosotros ningún entusiasmo. Pero también existe, a Dios gracias, la bondad plena, exuberante, que no se reduce a esta o aquella virtud, sino que es como un concierto de ellas, en el cual, cada virtud canta su nota a plena garganta; es esa la virtud de

María, es la bondad hermosa, es la gracia en toda su plenitud.

Por esto, el cristianismo, al hablar de gracia, no se detiene allí... en la belleza, en la bondad; sino que esta hermosura buena, esta bondad bella y refulgente la pone en relación con Dios. La bondad es la gracia de Dios. La criatura que de ella está adornada es graciosa, ha encontrado gracia a los ojos del Eterno, así como a veces, una criatura hermosa encuentra gracia a los ojos de un poderoso de acá abajo. Y notemos luego este gran principio, proclamado también por el Evangelio, que el gran camino entre el alma y Dios es la bondad. Este es el rayo verdaderamente divino del alma; eso es lo que Dios ama y aprecia en el hombre, por sobre toda otra cosa: la bondad. María es agradable a los ojos de Dios, por su bondad. Y así también podemos nosotros agradar a Dios. Y si queremos imitar a Dios, debemos como El juzgar, apreciar a los hombres según su bondad.

Pero la bondad no es en el hombre, a quien El quiere, algo que Dios contemple sólo por enamorarse de ella, así como yo contemplo la belleza del rostro de mi madre. Dios ama la bondad y la crea: es éste, al mismo tiempo, el secreto y el efecto de su amor. Dios ama a María, porque es buena y María es buena porque Dios la ha amado y la ama. La bondad del hombre es un don de Dios, el más grande don de Dios... gracia, favor que El concede.

Si esta verdad tiene su lado misterioso, tiene también el suyo claro. Porque es claro que la bondad mía, es cosa mía; sin esto, no sería ni mía, ni bondad. Otro no puede ser bueno por mí.

Por lo tanto, mi bondad es verdaderamente mía. No hay duda alguna sobre esto. Pero es también no mía, no es enteramente mía. Porque si soy bueno ¿a cuántas circunstancias propicias no lo debo? También la ciencia que poseo es cosa mía, pero no es mío el

ingenio, merced al cual he llegado a la ciencia. La inteligencia uno no se la da. Y tampoco esa voluntad fuerte y sana, gracias a la cual el hombre realiza la bondad. Por lo tanto, la bondad es mía y no es mía. Y el cristianismo resuelve esa aparente contradicción con el dogma de la gracia: la bondad es don de Dios. De allí, que no es mía, porque me viene de El y es mía porque cuando Dios da algo, no se arrepiente de ello, lo regala de cierto, y no fingidamente.

Por ese motivo, como la gracia es don de Dios y es posesión, es de Dios y es nuestra y podemos mirar nuestra bondad con legítimo orgullo, pero debemos mirarnos a nosotros mismos, también con inefable humildad. Pablo en la víspera de su muerte, llamará justa, porque merecida y muy merecida, la corona que Dios le reserva; pero atribuirá a la gracia y a la ayuda divina, la ardua labor de su apostolado: "No yo, sino la gracia de Dios conmigo". Y María no ignora la grandeza en que la coloca la plenitud de gracia en Ella difundida, pero exalta y glorifica por ese motivo al Señor: "Magnificat anima mea, Dominum".

Mater divinae gratiae, ora pro nobis.

VI

SED PUROS

Imaginaos un objeto, el más bello y el más delicado, imaginaos que necesitáis manipularlo. ¡Qué terrible necesidad! Hace pensar que en cualquier momento podemos verlo despedazado.

La pureza posee la hermosura y fragilidad del objeto imaginado, y nos vemos en la necesidad de hablaros de ella. En verdad, sería menester hacerla sentir, sin hablar de ella, hacerla sentir siempre, sin hablar de ella nunca. Fue eso lo que hizo Jesús, lo que han hecho los Santos y todavía lo hacen. Hay almas bellas, nobles, que pasan rozando el fango de la tierra sin enlodarse, son como mariposas sobre las flores y todo es nobleza y elevación en sus pensamientos y sentimientos. Ellas respiran, exhalan e inspiran pureza; con sus ojos benévolos y francos a los que el alma se asoma sin temor, porque no tiene remordimientos, y sin codicias, con su sonrisa sencilla, con su frente alta. Son niños, jóvenes, madres de familia, hombres severos sin ser ásperos, ancianos venerables sobre cuya fisonomía, la larga vida ha dejado huellas de la experiencia, sin sombra de malicia. Son criaturas angelicales que se graban en nuestra memoria y jamás se ven sin inspirar el deseo de verlas de nuevo; criaturas que con su sola presencia hacen bien, imponen respeto a los audaces, hacen sentir un remordimiento e infunden confianza a los débiles.

Son el modelo vivo de la pureza y la prueba perentoria de su posibilidad.

Porque el hombre se pregunta, a veces, si la pureza no es un ensueño, si realmente se podrá ser ángeles, siendo hombres.

Y la pureza es difícil, ¿por qué negarlo?, y es tal vez escasa. Es una virtud de batalla, es una victoria contra un enemigo que, si a veces se adormece, no muere nunca.

El problema que hay que resolver es éste: ¿queremos ser hombres de verdad o brutos?

Hay en nosotros un bruto que quisiera mandar, gobernar; y como hablar de mando es demasiado poco, podemos decir que quisiera absorberlo todo, ser él todo. El querría ofuscar nuestra inteligencia, arrancar toda gentileza, todo garbo, toda nobleza a nuestros sentimientos y afectos. Para ejecutar mejor su obra despótica, esta bestia que tanta malicia posee, trata de arrojar el descrédito sobre las riquezas interiores del pensamiento, del corazón, de la verdad y de la bondad, y exalta, fuera de medida, todas las apariencias exteriores. ¿Por qué agotarse el cerebro estudiando para buscar la verdad?... es menester cuidar el rostro: lo que importa, no es ser sabido, sino parecer hermoso.

Y sugiere a hombres y mujeres, múltiples expedientes para acrecentar esta belleza exterior, aunque sea postiza; llama en ayuda a la vanidad, que es ayuda de campo o picador de la concupiscencia. Crea petimetres para tener después fantoches. Debilita con el fin de gobernar. Y ¿para qué vigilar siempre el corazón? ¿por qué querer imponerle una ley?, si el corazón es ley para sí mismo: no hay más que dejarlo hablar y obedecerle, ir alegremente donde él nos lleva... hoy acá, mañana allá. Esta bestia de la concupiscencia no ama el trabajo y prefiere el ocio: el trabajo agota y acaba con esa famosa belleza que el ocio, en cambio, conserva y aumenta. Habla mal esta bestia de la con-

cupiscencia, sin pudor, sin respeto; busca las malas compañías, porque especialmente tiene como principio que quien obra mal, se siente más seguro al no estar solo; lee malos libros, porque el libro malo es un fácil reemplazante del mal compañero; no quiere recreaciones serias, sino diversiones frívolas; no ama el hogar doméstico y aleja de él a hijos, hijas, maridos y esposas; bautiza la fidelidad a los santos deberes de familia con el nombre de miserable estrechez de espíritu. No frecuenta gustoso la iglesia este animal, porque la idea de Dios lo espanta, y si a ella entra, es para profanar el santuario. ¿Qué más queda ya de un hombre, que tiene la cabeza vacía, árido el corazón y cerrado todo impulso hacia el infinito y disueltos o relajados los vínculos sociales? Y ¿se puede todavía, a una criatura así, llamarla hombre? Y ¿puede decirse de una criatura que en ese sentido ha evolucionado hacia la pobreza del pensamiento y del afecto, hacia la vulgaridad de la palabra, hacia el excepticismo burlesco y estúpido, puede decirse que haya caminado hacia los senderos de la vida? Las mismas cosas de las que se había hecho un ídolo, se esfuman. Se desgasta la belleza y se malgasta en la afectación, en el agotamiento físico y llega a ser motivo de náusea, como el alimento cuando se come demasiado o mal; llega a ser motivo de náusea el mismo amor.

Belleza y amor son dos nobles ideales, sin lugar a duda. Y el alma pura sólo los sacrifica en apariencia, es decir sacrifica las apariencias mentirosas, alcanzando las verdaderas realidades, a través del sacrificio de las apariencias. El hombre espiritual está abierto a las puras y maravillosas bellezas de la naturaleza; bellezas severas de los montes que se encumbran atrevidos y gigantescos en el cielo azul; belleza dulce de las colinas que descienden con sus verdes pendientes hacia la llanura; belleza mágica de marinas resplandecientes al sol ardiente, o plateados en los plenilunios serenos; belleza de las flores que miran a los prados y a los árboles con

sus infinitamente variados colores; belleza de niños con grandes ojos ingenuos y ricitos rubios que te infunden alegría y te imponen reverencia al mirarlos. Belleza siempre renaciente del arte, sellada y cerrada, mientras más fina sea, a las almas groseras, y abiertas como un libro a los ojos puros y a las almas exquisitas. Es este el mundo, donde la pureza entra valiente y victoriosa. El amor, el alma pura lo concentra y lo atesora para derramarlo después a tiempo y donde más convenga, digna y sabiamente, como un buen administrador gasta bien lo que no ha adquirido mal. El alma pura tiene tesoros de afecto para la familia: el hijo para los padres, el hermano para las dulces hermanas, la hermana para los hermanos, el hombre para la esposa y la esposa para el compañero de su vida. El alma pura tiene tesoros de afecto para la amistad, esta forma de afinidad tan libre, tan espiritual y tan alegre.

¡Qué hermoso es sentir correr pura y caliente la sangre en las venas, qué bello, sentir sano el cuerpo, bajo el dominio de un alma sana también y verdaderamente dueña de sí misma; qué hermosa es la dignidad no vana, el amor no frívolo, la conversación alegre sin palabras descompuestas y el espíritu libre sin licencia!

Todo esto es la pureza: la invitación de Jesús a sus amigos, a fin de que en la pureza del alma puedan tener reflejos de cielo, de lo infinito, de Dios; es el llamado de María al hombre para que respete a la mujer, a la mujer para que se respete a sí misma, y a hombres y mujeres para que honren en sí mismos la imagen divina.

Mater purissima, ora pro nobis.

VII

SED AMABLES

Parece que debiera ser el ensueño de todo hombre y con mayor razón todavía el de todo cristiano, el hacerse querer bien de todos, derramar en torno suyo y recoger bondad. Es ésta una de aquellas virtudes que casi no parece meritoria, porque es tan segura y pronta la recompensa de ella. ¡Qué hermoso es ver a su alrededor en casa, en la escuela, en sociedad, por doquiera, caras ruiseñas, rostros agradecidos, sentir que a uno le murmuran, no las palabras desentonadas de la adulación, sino la palabra bendita de la aprobación, estar seguros de que con alegría nos dan la bienvenida y de que, con dolor, nos dan la despedida.

Parecería que debiéramos encontrar, a cada paso, de estas personas amables, fuertes sin violencia, abiertas sin descaro, alegres, sin alboroto y, por el contrario, son más bien escasas. Tan cierto es esto, que cuando encontramos alguna, nos alegramos y nos maravillamos al mismo tiempo. Lo que sucede es que ser amable es mucho más difícil que usar una cortesía. Esto es un acto y la amabilidad es un hábito.

Todos tenemos días de buen humor; lo difícil es no tener también los de mal humor, o teniéndolos, guardárselos para sí. Quien dice amabilidad, dice buen carácter. No penséis que esto se herede, que nazca del todo con nosotros mismos. Ciertamente que hay naturalezas singularmente felices, caracteres serenos, fran-

cos, alegres, que no saben pensar mal, ni querer mal; que tienen que reaccionar sobre sí mismos, para hacer una injuria, una descortesía y que de por sí son gentiles y corteses. Pero también nosotros podemos y debemos formar un poco nuestro carácter, por medio de la vigilancia del pensamiento y del esfuerzo de la voluntad.

Los jóvenes están en la buena edad para ejecutar este trabajo de escultura y de cincelado interior. Formaos un buen carácter, un carácter sociable, y para esto, ante todo, ojo alerta al espíritu de contradición.

Es extraño lo que pasa: el hombre es mucho más inclinado a negar, que a afirmar, a contradecir a los demás, que a admitir, a diferenciarse, más que a ser. Más fácilmente se grita "abajo", que "viva"; por amar a su patria, se odia a los adversarios; por sentirse católico, se maldice a los protestantes. El hombre como individuo tiene un instinto suyo individual que, con frecuencia, le aísla de los demás. Es el espíritu de contradicción, perseverante en unos, e intermitente en otros; el gusto de pensar, decir y obrar distinto de los demás.

Es ése el veneno de la vida social. Son estos caracteres, fuerzas disolventes del organismo colectivo en que nacen o se meten. Porque basta poco para impedir, mientras que se necesita de tanto esfuerzo para obrar. Un "no" puede destruir el efecto moral de muchos "síes", tal como el desentonar un solo cantor, destruye en un coro, la entonación de otros ciento.

Guardaos de esta manía de contradecir; no pongáis púas de erizo, vueltas hacia afuera contra el prójimo. Que vuestro programa, que vuestra manía, santa manía, sea de estar, en cuanto se pueda, de acuerdo con todos. Reprimid la palabra injuriosa que asoma a vuestros labios y tened siempre lista, por sistema, la palabra dulce y consentidora. No deis importancia a las pequeñeces; no seáis como caballos espantadizos que ven montañas en cada montón de arena con que, por casualidad, topan.

Ciertos objetos fragilísimos no están destinados a

circular en el comercio. Ciertos organismos muy delicados es menester ponerlos bajo una campana de vidrio. Hay caracteres frágiles y delicados, a los que una palabrilla conturba, un gesto espanta y la más razonable y cortés de las oposiciones, irrita: cabecitas pequeñas, corazones estrechos que hacen la vida social imposible para sí mismos y para los demás. Se crean dolores y multiplican las dificultades en torno suyo. Jamás se sabe cómo tomarlos, porque si se habla un poco en alta voz, se quejan de que se grita y si se habla en voz baja, protestan que no oyen nada. Y menos mal, cuando es sólo enfermedad lo que ellos ven en el trato de los demás, porque muy a menudo notan ellos una ofensa: ven en todo una falta de consideración; son seres de epidermis psíquica ultrafinísima. Un secreto orgullo les agita y una incipiente manía de persecución. Con este agravante, que no hay consideración por muy insignificante que sea, que no exijan ellos de los demás, mientras ellos no usan ni las más elementales para con los otros. Son atormentados y atormentadores.

Sed caracteres fáciles y generosos. Aún cuando recibiereis fuertes codazos al caminar juntos por este sendero de la vida, donde el número mismo puede constituir una molestia, no deberíais perder tiempo tomándolos en cuenta, porque las más de las veces son pequeños roces. Acostumbraos a escoger la explicación más sencilla, la más fácil, y aunque no lograréis excusar con la cabeza, perdonad con el corazón.

Veis, pues, que la amabilidad superficial no basta. Ella existe y nos la dan unas buenas reglas de urbanidad exteriormente observadas. El mundo, esclavo de las apariencias, se contenta con ella, pero no así el Cristianismo. No nos dice el Evangelio que seamos descorteses, ¡de ninguna manera!; pero nos intima a no detenernos allí. Y psicológica y socialmente tiene razón.

Esta amabilidad que enseña el mundo es demasiado superficial, a flor de piel; como le falta fondo, le

falta también vigor. No dura. En las circunstancias más ordinarias, puede tal vez bastar, pero se destruye al menor choque, dejando al descubierto un fondo intacto de egoísmo descortés, feo y odioso.

Es menester bajar allí, a aquel fondo. No finjáis sino tened verdadero amor a la humanidad, a aquella que os rodea diariamente; el amor os hará amables, la amabilidad sola no siempre os haría caritativos. Sed amables como Jesús, quien era tan delicado que no soplaba sobre un pabilo que humeara apenas, que humeara todavía; sedlo como María, que era tan discreta en las preguntas como en las observaciones.

Mater amabilis, ora pro nobis.

VIII

SED ADMIRADORES

Quizás alguno, al encontrarse frente a la invocación "Mater admirabilis" habrá pensado que es un llamado para hacerse admirar o, más bien, para hacernos admirables nosotros también; una invitación pues, a adquirir gloria. Y ciertamente no es un sentimiento bajo, el deseo de la gloria. Los paganos lo alimentaban con especial cuidado y el Cristianismo no lo condena; así como no condena ni sofoca nada de cuanto sea vivo y grande, en el alma humana. Lo reforma, eso sí, lo mejora y lo endereza hacia la realidad. Pero lo que yo quiero hoy es que admiréis a Nuestra Señora, que admiréis todo cuanto en ella se compendia de admirable, y me parece que esto no es posible, si no está el alma dispuesta del todo a hacerlo. Saber admirar es una virtud o señal de virtud. Un alma incapaz de admiración, tiene en sí misma, algo que la hace menos simpática, por no decir antipática. Como todas las buenas capacidades, ésta también es menester cultivarla. Sed admiradores.

Y para serlo, comenzad por ser puros. El alma pura está abierta a una de las más ricas fuentes de admiración. Está abierta a la admiración de la belleza. Dios ha difundido los rayos de la belleza por toda la creación y en ella se ha revelado poderoso artista. El mundo es bello. No podrá dudarlo el que cada día levante su mirada a la altura de los montes o la pose sobre la infinita extensión de las aguas. Pero, para hacernos sen-

tir la belleza del mundo, basta con los ojos de un niño, relucientes como dos estrellas. Eso sí que para poder admirar hasta el goce, hasta la embriaguez, estas inmaculadas bellezas de la naturaleza, esta hermosura sobre la cual la malicia humana no ha podido arrojar todavía su veneno profanador, es menester tener el alma pura. Las almas disipadas y corrompidas buscan otras bellezas, tienen el gusto corrompido. El agua es excelente, decía Píndaro; sin duda que un vaso de agua límpida y fresca tiene exquisito sabor; pero no la bebe quien se ha estragado el gusto con el alcohol. Tienen los frutos más espontáneos de la naturaleza un sabor exquisito que no es accesible a quien se ha corrompido el paladar con las salsas picantes. Conservaos puros, y la belleza que viene directamente de Dios ejercerá sobre vosotros sus atractivos, y tendréis manos para aplaudir y voces para gritar de admiración y de gozo. Y tal vez, la alegría profunda de esta admiración espontánea, os salvará del asíduo peligro de otras bellezas y admiraciones. Premio a la rica pureza de vuestra mirada será no sólo el gozo de la admiración, sino la seguridad de la virtud.

A la raíz de la admiración, se encuentra un vicio, que pretende impedir que se alimente ese noble sentimiento: es la envidia.

El envidioso no admira, o se admira sólo a sí mismo, es decir al único objeto cuya admiración no es ni grande ni virtuosa. Bien sé que hay artistas que son devotos admiradores de su arte, de sus obras; pero sé, también que son esos los artistas mediocres. Los grandes artistas con nada se contentan, van siempre con su ensueño ideal más allá de la necesariamente mísera realidad. Hay personas que admiran sus propias dotes, pero esa autoadmiración las hace antipáticas, cuando no sencillamente ridículas. La admiración no es buena, sino cuando va dirigida a algo que está fuera de nosotros, por sobre nosotros, que no pertenece a nadie o que pertenece a algún otro. En el éxtasis de la admiración, el

hombre, el individuo se olvida a sí mismo, sus límites, su mezquindad. Allí está la enorme grandeza, la belleza moral de este sentimiento: arrancarnos a nosotros mismos, romper las angosturas del "yo", especie de cárcel en la que el hombre está aprisionado, como el pollito en su cáscara. En la admiración y especialmente en la admiración a los demás, de lo que ellos han hecho y hacen de bello, de grande, entra un poco de sana y buena complacencia. Es la admiración un sentimiento alegre. Se admira amando, se admira con la sonrisa en los labios.

Nos asimila casi al bien de los demás, lo hace cosa nuestra. Una madre que verdaderamente admira a su hijo, piensa en la gloria y grandeza de él como en cosa suya, y se considera feliz al sentirlo grande. La admiración mata a la envidia y, vencida la envidia, deja libre paso a la admiración. Ensayaos desde ahora, amigos míos, en este santo ejercicio. Comenzad desde la escuela a dispensar vuestra admiración a vuestros compañeros, que obran verdaderamente bien; dejadla correr libremente en vuestras palabras y dejad que se muestre en vuestras miradas. Admirad también, cuanto encontréis de bueno, fuera de la escuela, en la pequeña sociedad que frecuentáis. Sentiréis que vuestro corazón se ensancha con este ejercicio y que se derrite la mezquindad del egoísmo. Mañana en la gran sociedad seguiréis haciendo lo mismo, y el verdadero mérito os granjeará justa estima. La grandeza de los demás no proyectará sombra sobre vosotros, ni vosotros trataréis de perjudicarla o disminuirla, antes bien... sucederá todo lo contrario.

Admirad con puros ojos la belleza, con ojos limpios y libres de envidia, el mérito; admirad con entusiasmo. Algunos hay que temen y se burlan escépticamente del entusiasmo; son almas frías que se dirían toda calma, todo cálculo. Almas incapaces de comprender y apreciar la altura, almas que se arrastran por la tierra sin saber volar, como si no tuviesen alas. ¡Pobres

almas mezquinas! No seáis de ese número, no os pongáis en guardia contra el entusiasmo. ¿Qué podéis esperar del frío? La vida es calor, es luz y fuerza. Las almas entusiastas, movidas por la admiración, son capaces de acción. El entusiasmo, que es bello siempre, constituye una necesidad moral para la juventud. Desgraciadamente, vienen más tarde los desengaños, el ánimo se debilita, se postra y se abate. Pero a los quince o veinte años, sed entusiastas, avergonzaos de no serlo. Jamás seáis indiferentes a la verdadera grandeza. La peor equivocación es no entusiasmarse nunca, por temor a entusiasmarse demasiado.

Si junto con la belleza y con el genio, y por sobre ellos, adquiriréis la bondad, no habréis colocado mal vuestro entusiasmo. Concedédselo a la bondad, a los héroes de la bondad, a los Santos... a María.

Mater admirabilis, ora pro nobis.

IX

JESUS REDENTOR

Hay palabras que se pronuncian con mucha frecuencia y que no se profundizan suficientemente. Jesús Salvador, Redentor nuestro... cuántas veces al meditar o al orar le llamamos así; pero es menester penetrarse de lo que esto significa. Porque, con esta palabra "Redentor" se toca el meollo de nuestra religión, su misterio central.

No sólo es el Cristianismo, así como lo fue el Mosaísmo o Hebraísmo, una verdad que ilumina, es también una gracia que salva, libera y refuerza.

Jesús no sólo nos enseña la verdad, sino que Jesús nos da la vida. "Ego sum via, veritas et vita".

Sin El y fuera de El estaba la humanidad, espiritualmente muerta... o, usemos la palabra técnica, esclava, lo que es más o menos lo mismo, porque, para un ser libre, es muerte la esclavitud. La humanidad era esclava y El, Jesús, la libró del todo. Es la primera característica de la redención obrada por Jesús, la primera de las razones por las que el Salmista llamaba copiosa esta redención: "Copiosa apud eum redemptio".

Para medir la amplitud de esta redención humana, pensad qué cosa tan grande es una redención nacional y qué título de gloria adquiere el hombre, el héroe que la ha llevado a cabo. Durante siglos, millones de individuos se transmiten con entusiasmo los nombres

de estos héroes libertadores, en sus cantos, en sus historias, en sus fiestas.

Pueblos que gimen todavía bajo la fastidiosa servidumbre de otro pueblo esperan confiados, temblorosos y ansiosos un libertador. Es esto muy justo, porque un pueblo es en sí una gran cosa. Y, sin duda, que en esta grandeza pensaban aquellos patriotas fanáticos del tiempo de Jesús, que habrían querido hacer de El el héroe, el libertador de Israel. ¡Cuántas veces volvieron al asalto, con promesas y con amenazas! ¡Cuántas veces le ofrecieron una corona de rey, con tal de que levantase El su voz y desenvainase su espada en contra del Romano, que, impío y extranjero, oprimía al pueblo de Dios! Y Jesús no quiso, no porque no amase a su pueblo; ¡vaya si que lo amaba!... sino porque en El ardía la llama de un ideal más vasto. Le parecía que la liberación de un pueblo era pequeña cosa, no en sí misma, pero con respecto a la humanidad. No podía ser para unos pocos, El que vino para todos. Su impulso libertador era tan vasto, como el designio de Dios. Según la palabra tan consoladora de San Pablo, Dios, Padre como es de todas las gentes, quiere que todos los hombres se salven, quiere que todos encuentren en la verdad a ellos descubierta, el secreto de la vida: "Vult omnes homines salvos fieri et ad agnitionem veritatis venire". Es Jesús el ejecutor de este divino consejo, y a todos los hombres, sin distinción ninguna de hebreos o griegos, romanos o bárbaros, a todos, opresores y oprimidos, víctimas y verdugos, a todos lanza el verbo glorioso de su redención: "Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis". Ante su ojo enamorado, los pueblos se esfuman en el vasto conjunto de la humanidad.

Por mantenerse a esta gloriosa altura, Jesús acepta los vituperios, la vergüenza, la persecución de los suyos, que encerrados en su soberbio egoísmo nacional, nada quieren saber de un redentor humano. He dicho Redentor humano, también por otra razón que se conecta a

esta universalidad. Jesús redime a la humanidad de aquello que es su mal: la redención de Jesús no es superficial, sino profunda; no es política o social, sino moral. Hermosas y nobles son también las redenciones sociales y políticas; hermoso es arrancar a un pueblo del imperio orgulloso y explotador de otro pueblo; hermoso, devolver a millones de individuos, a decenas de generaciones, el franco y libre dominio de ellos mismos...

Son bellas las redenciones sociales, pues hay en estas empresas una gran luz de justicia. Es hermoso pedir y obtener que aun para los más pobres y humildes sean reconocidos y respetados aquellos derechos que los fuertes, llevados por un perverso instinto, pisotean o niegan. Pero hay en estas mismas empresas, aunque bellas y generosas, algo de unilateral. Quien las promueve e instiga, parece creer y decir que sólo los pueblos y las clases que gimen bajo la opresión son esclavos y que sólo ellos necesitan redención. Y, por el contrario, el opresor es él mismo un verdadero esclavo que hay que compadecer altamente, si se miran las cosas no ya desde un punto de vista superficial, sino con mirada profunda.

El opresor es esclavo de la iniquidad que él ejecuta y que sobre él recae más pesada y más funesta que sobre los mismos oprimidos. Durante la esclavitud maduran los oprimidos su libertad y los opresores se preparan, en la opresión sobre los demás, su futura servidumbre. Con profundidad de pensamiento y de lenguaje, dice la Sagrada Escritura: Quien hace el mal, se convierte en esclavo de él: "Qui facit peccatum, servus est peccati".

Es esa la más profunda, la más arraigada, la más terrible esclavitud del género humano, ya que la humanidad no se da cuenta de ello inmediatamente. Aquellos mismos que llevan con vergüenza, con rubor, las cadenas de la esclavitud política y económica, parecen casi vanagloriarse del ímpetu salvaje de sus pasiones,

de sus bajos instintos. Les parece libertad la violación de la ley moral, así como a ciertos enfermos muy graves les parece bienestar el preludio de la muerte, y fervor de vida el ardor de la fiebre. Horrorosa enfermedad es aquella que, siendo enfermedad, da al enfermo la impresión, la sugestión de la salud. De esta enfermedad moral, la enfermedad de las tiránicas pasiones, la enfermedad del pecado, de ésta nos libra Jesús. Su redención es moral. Va El así a la raíz profunda de todas las demás esclavitudes y tiranías. Porque todas nacen de allí, del olvido de la ley del bien. ¡Oh! ¡Si los hombres fuesen buenos! ¡Si no se dejaran seducir por el esplendor del oro y de la plata! ¡Si no se dejaran inflamar por la sensualidad! ¡Si no se dejaran vencer por el odio! Entonces el orden, y con el orden la felicidad, la paz, reinarían en el mundo, pues reinaría Dios en él. Pero los hombres prefieren la ley del mal a la ley del bien; sobre Dios, Rey del bien, prefieren al demonio, rey del mal.

Y, no obstante, Jesús para redimirnos a todos y redimirnos en toda la extensión de la palabra, dio su vida. Fue el mártir de la causa de la cual había sido el apóstol. Aun por este lado, fue copiosa la redención. Jesús derrama su sangre. Y la vierte toda, con ilimitada generosidad. La derrama sufriendo indecibles angustias del espíritu y sufriendo atroces dolores en su carne. La historia de nuestra redención es una historia de pasión, de dolor: la pasión, la muerte de Jesús. Quiso El ser la grande, la exquisita víctima de la iniquidad, para hacernos, diré, casi sensible, toda la fealdad de ella, y encender en nuestro ánimo profundo odio y horror hacia ella.

Cristianos, jamás debemos olvidar a qué precio hemos sido redimidos. "Empti estis, —decía San Pablo a los primeros cristianos— pretio magno": habéis sido rescatados, libertados y redimidos a gran precio. A la preciosidad de la liberación debe responder la estimación y el ardor de nuestra libertad espiritual. Glorificad a Dios,

continuaba San Pablo, y llevadlo manifiesto de algún modo visible y luminoso en toda vuestra vida. "Glorificate et portate Deum in corpore vestro".

Que resplandezca en nuestra vida, la libertad de que Jesús ha sido tan generoso, la libertad de los hijos de Dios.

Mater Salvatoris, ora pro nobis.

X

SED PRUDENTES

Diréis, los jóvenes, que es esa una recomendación un poquito extraña para vosotros. ¡La prudencia para los jóvenes está fuera de lugar, es precoz! ¡Debe predicársela a los hombres, a los ancianos!

Y, por el contrario, precisamente vosotros tenéis necesidad de ella, porque tenéis poca y con poca prudencia se cometen muchos yerros y los yerros de la juventud se pagan caros, con frecuencia, durante toda la vida. Y si no necesitáis de ella por ahora, deberéis prepararla ahora para después; en la juventud, para la edad viril. En general, nada se adquiere en la vida de una sola vez, por una especie de generación espontánea; todo se conquista poco a poco. Por lo tanto, el sermón sobre la prudencia es para vosotros; os llega muy oportuna la invitación: sed prudentes.

Es cierto que la prudencia, para quien la define como el arte de tener éxito en sus propios intentos (proporcionar, como decían los antiguos, los medios al fin), puede no parecer una virtud; más que virtud puede parecer habilidad.

Y si el éxito se eleva a algo de absoluto, que sea menester salvar a cualquier costo, al precio de cualquier sacrificio, la prudencia se convierte en habilidad equívoca, astucia, engaño, maquiavelismo. Inútil es decir que todas estas feas cosas son la perversión de la prudencia y es menester estar prevenidos contra ellas y no

aceptarlas. Pero aun hechas estas exclusiones, parece que siempre es más una habilidad natural, que una buena cualidad adquirida. Aristóteles la llamó una virtud intelectual, mental. ¿Cómo, entonces, el Evangelio hizo de ella una virtud para sus discípulos? La palabra del Evangelio está allí para descubrirnos el carácter moral de la prudencia, o al menos, de una prudencia, que es justamente, la prudencia cristiana.

No disimula Jesús en el Evangelio, que la prudencia específica, característica de sus discípulos es muy extraña, muy singular; tan singular y extraña, que a los profanos debe parecer una locura. ¡La prudencia del cristiano! Es la prudencia de quien sacrifica, cuando sea necesario, la vida entera del cuerpo, a la vida del espíritu; es la prudencia de quien, por no manchar el alma con una mentira o una vileza, renuncia al favor de un príncipe, renuncia al afecto de un amigo, renuncia a la fortuna. Ahí tenemos la prudencia de los mártires, quienes antes que pisotear la conciencia, se resignaron a la vida oscura y a la muerte precoz. Son necios, decía y dice aún el mundo; pero el mundo no sabe el precio de la única cosa a la cual estos discípulos del Evangelio sacrifican todo el resto; el mundo no sabe el precio del alma y de su vida. ¡Si lo supiera no le parecería extraño que todo lo demás se sacrifique! A un hombre que le vean vender cuanto tiene, casa y otras propiedades, con el fin de comprar una sola propiedad, los profanos lo juzgan necio e imprudente. Pero él, que en el único campo, por el cual ha sacrificado los demás, ha descubierto un tesoro, sabe bien lo que hace: éste es prudente. Y prudente y hábil es el comerciante, que por adquirir una sola perla de incalculable valor, desconocido de los profanos, vende varias docenas de perlas menores. Es esa la prudencia que debiera tener y no siempre tiene el cristiano.

Sabedor el Cristiano del valor del alma, sabedor de que el valor de la vida no se mide por los buenos

platos que se comen, ni por los trajes que se usan, sino por el fervor espiritual de que se está animado, debería y debe, si es listo, sacrificar, por prudencia, todo lo demás por atender al fervor espiritual. Desgraciadamente, no todos proceden así, no todos son tan prudentes en los asuntos del espíritu, como son los hombres comunes, los hijos de este siglo, como los llama el Evangelio, en los negocios de este mundo. Creen en el alma, creen en Dios, creen que el alma no puede ser feliz y grande sino en Dios y en las cosas divinas, pero no obran en consecuencia, no son lógicos. Y esta es imprudencia.

Los hijos del siglo son más hábiles, más prudentes que los hijos de la luz. No llaméis cálculo esta prudencia divina; es, más bien, fe viva. Las convicciones lánguidas son inertes; sólo es activa, operante, la fe profunda. Es una sublime despreocupación, es una santa ingenuidad. Por eso, a la prudencia de la serpiente, ha recomendado Jesús, que unan sus verdaderos discípulos, la sencillez de la paloma.

Pero ¿será lícito a los hijos del Evangelio ser prudentes, aun en los negocios de este mundo? ¿Es menester, acaso, que ellos por ser buenos cristianos, administren mal sus propias fortunas?, ¿que fracasen en sus empresas? Y además, ¿no es también necesario una cierta prudencia y una verdadera y propia habilidad para que progrese el reino de Dios en este mundo? La suerte del reino de Dios está igualmente en manos de los hombres, en nuestras manos. El Evangelio nos ayuda también en esta forma de prudencia.

El gran enemigo de la prudencia en los jóvenes es el ser demasiado impulsivos. El joven se aconseja con la fantasía y se regula con el sentimiento, cuando, por el contrario, la acción debe ir guiada por la razón. La fantasía es la loca de la casa y el sentimiento es noble, pero es menester también la reflexión. El Cristianismo combate a este doble enemigo. Ser cristiano significa ser muy razonable, vigilarse a sí mismo, poseerse, domi-

narse. La vida cristiana infunde en el alma que la vive, una cierta gravedad, un precoz juicio. "Non in commotione Dominus", es uno de los principios caros a los maestros de la cristiana sabiduría. No habla Dios, en el bullicio, en medio del hervidero de las pasiones. Dios no es pasional. Dios es razonable y se manifiesta en la calma de la razón que piensa y nó en el ímpetu de la pasión que estalla.

Y el Cristianismo nos hace prudentes por vía de humildad, combatiendo la ciega, soberbia y absoluta fe en nosotros mismos. ¡Cuántos errores se cometen mientras se es joven, por fiarse demasiado de sí mismo! No digo que no deba confiarse nada. Al fin, un piloto debe guiarse por su brújula; pero si es prudente, trata de controlarla con frecuencia, con la de los demás. El cristiano no es un escéptico que despedaza su brújula, ni es tampoco un soberbio que locamente se fía de los solos veredictos de su brújula. El Cristianismo es humilde y confiado: obra con la fe, y con la humildad evita los prejuicios.

Virgo prudentissima, ora pro nobis.

XI

RESPETAD

El respeto, la veneración, definen uno de los sentimientos espontáneos del alma cristiana con respecto a la Virgen María, Virgen venerable. Sobre Ella se concentra el cristiano respecto, pero debe nutrirse de otras fuentes, en nuestra alma. Y mientras mejor se alimente por otro lado, mejor podrá concentrarse sobre Ella.

Respetad... ante todo a la autoridad, a los superiores. La superioridad social propia de la autoridad, no siempre coincide perfectamente con la superioridad real. Algunas veces cuando el discípulo se llama Dante, sabe más que el maestro Brunetto Latini; otras veces el oficial cuando se llama Napoleón, puede dar puntos a su general. Pero es esa una excepción... la regla es diversa. En el hombre de autoridad hay superioridad. Y menester es inclinarse reverente ante la superioridad. Respetad la autoridad: la autoridad venerable, grave, afectuosa, de vuestros padres, que tienen más experiencia que vosotros en los senderos de la vida y son, por lo tanto, capaces de ahorraros muchos fatales errores; la autoridad del maestro, que no es el carcelero, el verdugo y el atormentador, sino el padre de vuestra inteligencia; la autoridad, en fin, de quien os parezca y sea para vosotros superior en alguna forma. La superioridad no debe amargaros, no os desagrade inclinar la cabeza. Esa es justicia y es sabiduría.

Respetad la autoridad porque es una función so-

cialmente necesaria, universalmente benéfica. La sistemática hostilidad a la autoridad es hija del egoísmo, es antisocial y anárquica. La anarquía sistemática produce horror a muchos que después no temen la anarquía práctica y se abandonan gustosos a ella. Desprecian la autoridad y se creen fuertes; también los vándalos creían dar prueba de fuerza, cuando despedazaban las obras maestras del arte griego y romano; se creían fuertes y eran siempre bárbaros.

El desprecio de la autoridad o la irrita o la paraliza; porque también la autoridad está en manos de hombres; en uno y otro caso, la daña y compromete sus funciones normales. El pequeño, el minúsculo anárquico no se da cuenta del daño que se hace a sí mismo, por no hablar del dolor y del daño que acarrea a los demás. Por lo tanto, no seáis descarados, sino respetuosos.

Si el respeto hacia la autoridad es reverencia, es un doblar la cabeza, el respeto para con los débiles es gentileza. Respetad a los débiles: es una frase noble y cristiana. El instinto nos lleva y nos llevaría a pisotear lo que es débil y pequeño: vil con los fuertes, opresor con los débiles. ¡Cuántas veces sucede esto en la vida! El débil es el pobre, el débil es el enfermo, el ignorante. Hacia toda esa gente: el pobre, a quien vemos pasar andrajoso por la calle; el enfermo, cuya deformidad es visible; el ignorante, cuya mente es ciega; para con todos esos es muy frecuente el desprecio. También nosotros nos hemos, quizás, abandonado a esos sentimientos: los hemos mirado de alto abajo, nos hemos ensoberbecido ante ellos; hemos quizás, incluso, exteriorizado con gestos o palabras los internos sentimientos del alma. Y aquel sentimiento era necio y vil, porque es necio medir nuestra grandeza frente a quien es pequeño; porque es vil aplastar al caído, hacer de él un escabel para nosotros. Cuando en la escuela despreciáis así a un compañero que es menos instruido que vosotros,

cuando en la casa oprimís a la servidumbre, sois necios y viles. No sois cristianos, no imitáis a Jesús.

Tuvo Jesús la pasión de la debilidad o, mejor dicho, un amor apasionado hacia los débiles; caballerescamente salía en defensa de aquellos que el mundo conculcaba. De El había escrito el profeta, al pintar anticipadamente la exquisita y generosa gentileza de su espíritu: "No acabará de romper la caña cascada, ni apagará la mecha que apenas humea, que humea todavía". Seamos nobles como El, con una gentileza que abrace no sólo a los hombres, sino a toda la naturaleza inferior. Seamos gentiles con los animales, alejémonos, si es posible, para no pisotear al gusanillo que encontramos en nuestro camino, seamos gentiles con las florecillas del campo. Cada ejercicio de gentileza en este sentido, ayuda a la justa gentileza hacia la humanidad débil e inferior.

Oiréis, después, hablar de democracia y podréis entonces disertar y formaros una opinión; pero por ahora sabed que ésta del respeto a los humildes es una democracia buena, santa y cristiana. Los que están abajo, serían tal vez más razonables y se mostrarían menos irritados, si los que están arriba fuesen siempre gentiles y bien educados con ellos. Habría menos odio que sube, si hubiese más respeto que desciende. Vuestro servidor, si lo tenéis, no es vuestro esclavo: ninguna condición social puede borrar la indeleble dignidad de un alma redimida por Jesucristo.

Respetad la inocencia. La autoridad es venerable, simpática la debilidad y la inocencia. Entráis con respeto, con gran respeto a una Iglesia: es ella, el santuario de la Divinidad. También en el alma inocente habita Dios, tanto y mejor aún que en un templo. Tratáis con respeto una cosa limpia, y vuestro respeto está inspirado en el temor de mancharla.

Igualmente el alma inocente, es cosa pura y limpia ¡desgraciado del que la mancha!

Respetad la inocencia en vosotros mismos, si toda-

vía poseéis ese tesoro: es un precioso tesoro, pero lo lleváis en un vaso de greda. Quien maneja el vaso sin miramiento, se arriesga a perder el tesoro. Respetad el tesoro de la inocencia en los demás.

Tuvo Jesús palabras de extraordinaria severidad para aquellos que amenazan o comprometen la ingenuidad e inocencia de las almas. Es un villano quien pisotea las flores y un alma de fango, quien profana un alma inocente y pura de niño o de niña. Tan espontáneo es el respeto por la inocencia, que hasta los paganos lo sintieron "Maxima –decían– debetur puero reverentia". Respetemos las cosas fuertes, las débiles y las sagradas; es un triple respeto debido a María, la mujer sublime, la mujer humilde, la criatura inmaculada.

Virgo veneranda, ora pro nobis.

XII

SED FUERTES

"Sed fuertes" evoca como primera cosa la imagen de la fuerza física, y si no es el caso de detenernos en eso (sería demasiado poco... el joven cristiano es algo más que un buen torito), no se trata tampoco de despreciarla. Porque el Cristianismo no quiere hacer de vosotros, unos seres físicamente débiles o degenerados. El Cristianismo no es la religión hostil al cuerpo o que se olvida de él. Es el cuerpo una parte integral del hombre, a quien el Cristianismo nunca ha concebido como un puro espíritu. El hombre no es un bruto, pero no es tampoco un ángel. No ignora, ni desconoce el Cristianismo, las arcanas relaciones entre el cuerpo y el alma. Las virtudes que nos inculca tienden a mantenerlo sano y en la mortificación misma hay un principio de robustez. El cristiano no es un espartano, pero tampoco es un sibarita. No hace converger las fuerzas del espíritu en una virtuosa energía del cuerpo, sino que se complace en que un espíritu sano y fuerte tenga a su servicio un cuerpo sano y robusto. "Mens sana in corpore sano", es una divisa que debemos superar y no rechazar. Sed fuertes también de cuerpo, os diré pues, sedlo para glorificar a Dios en este organismo que El os ha dado, sedlo para poder trabajar más y mejor en el mundo, para bien de vuestros hermanos. Sed fuertes, y para serlo, preservaos de los placeres que corrompen, preservaos del ocio y de la molicie que enervan. Sed fuertes, y no os desagrade

una cierta y también material austeridad de vida, representada ¡ojalá! por la cristiana mortificación. Sed fuertes y que no os encuentre con pereza, ni el sol que os invita al trabajo matutino, ni una voz amiga, que os llame a saludables ejercicios.

Pero la energía física es apenas el principio de esa fuerza plena, fuerza espiritual y moral, a la que el Cristianismo nos invita y nos impulsa, cuando dice: estote fortes. Fuertes, que no seamos como banderolas ni junquillos. Un hombre es algo escaso en el mundo. Por eso, Diógenes erraba tan sólo a medias, cuando lo buscaba con la linterna, en pleno foro ateniense.

En cambio, está lleno el mundo de banderolas volubles a causa de la flaqueza interior y de soplos exteriores. "Virtud" quiere decir constancia de propósitos. La virtud no cambia de un día a otro: para ser siempre virtuosos, es menester querer siempre la misma cosa, ser capaces de conservar a nuestra voluntad la misma posición. Ser virtuosos, buenos, significa obedecer "siempre" a nuestros superiores, porque nunca llegará el día en que desaparezca de sobre nuestra cabeza toda superioridad y cese en nosotros el deber de respetarla. Ser virtuosos significa trabajar siempre, todos los días, porque no llegará jamás el momento en que quedemos dispensados de la fatiga y llegue a ser el ocio un ideal.

Siempre, siempre... he ahí la palabra que espanta a los débiles. Un organismo débil no soporta estar mucho tiempo en la misma posición y un alma débil se cansa de la misma voluntad. No sólo la virtud, sino también el éxito se alcanza mediante la constancia, o sea, gracias al esfuerzo.

Quien porfía, mucho alcanza. ¿Queréis tener éxito en algo en la vida? Estad en guardia contra la volubilidad y el fácil cansancio, que son los enemigos de toda virtud y de todo resultado fecundo. Marcha el joven inspirado por la fantasía y por el sentimiento, que son dos fuerzas volubles, en perpetuo movimiento. No os

fiéis de esas inspiraciones ligeras y móviles. Jesús, con una sabiduría divina y humana al mismo tiempo, nos ha inculcado la constancia. Condenó a aquel que pone mano al arado y lo abandona para volver atrás, y dijo que no será para éste el reino de los cielos. Guardémonos de ser como la caña que al menor esfuerzo se quiebra, ni como la banderola que cambia con cualquier soplo de viento. ¡Qué cúmulo de banderolas es nuestra sociedad! Siempre que oigas hablar o veas obrar a alguien, pregúntate de dónde le viene la inspiración (será en el noventa por ciento desde afuera). Ese habla y obra así, porque es la moda; era ayer socialista y hoy nacionalista, porque es la moda; ayer era ateo y hoy cristianoide, porque es la moda. Tiene todo hombre algo de la oveja, o sea, una torpe necesidad de entroparse, un gran miedo de quedar solo, una inclinación grandísima a mirar hacia afuera, con el fin de enterarse de lo que dicen y hacen los demás, y una enorme dificultad para replegarse sobre sí mismo y sacar del propio yo profundo alguna genial inspiración. De manera que puede decirse que ninguno se pertenece, y se pliegan todos a la orden de unos pocos, perdiendo su propio yo... son como ligeras nubecillas o banderolas. Aún aquellos que no son tan superficiales y vacíos, pocas veces llegan a ser fuertes. No se doblará al menor soplo, pero cederá al ímpetu; no lo abatirá un airecillo, pero sí el viento. Muchos hay que tienen convicciones propias que han asimilado, pero más fuerte es la dosis que tienen de respeto humano.

Mientras no los ve ninguno que piense de otra manera, se guían por sí mismos, pero apenas se encuentran con alguien que les haga un reproche, una crítica, amainan la bandera y no resisten... Son como conejos: tienen miedo. Temen que los tomen por necios, si son sinceros; por incapaces, si son honrados en el comercio; por beatos, si son piadosos; por apáticos, si son puros. Somos descendientes de los mártires y tenemos pasta de

desertores. No sólo no debe desertarse ante el desprecio, sino que es menester luchar contra todas las dificultades. "Sed fuertes", quiere decir, que estéis convencidos. "Sed fuertes" quiere decir: sed constantes. "Sed fuertes", quiere decir, luchad. La fuerza es por excelencia la cualidad del buen soldado. La vida es una lucha: es ése el concepto científico que nos da la biología moderna. Pero la moral antigua había anticipado ya la idea. Vivir bien quiere decir: luchar contra el mal.

El mal no cede; es infatigable para asaltar. Quien no quiere ser derrotado, es menester que batalle con todas sus fuerzas. Pero eso, la Sagrada Escritura dice: "Sed fuertes en la batalla: fortes in bello". Y para serlo siempre, es menester serlo desde luego. Los buenos soldados no se improvisan a los cincuenta años, sino que se forman mejor a los dieciocho. Luchad sin temor, sin dar cuartel a las ilusiones del error, a las seducciones del vicio. No seáis banderolas, sino soldados de Dios, con Cristo.

XIII

SED CLEMENTES

La clemencia es, o parece que hubiese sido en otros tiempos, una virtud propia de los reyes. Se comprende que exista en María Reina, pero ¿nos está también concedida a nosotros mortales? Tan concedida nos está, que no sólo podemos, sino debemos ponerla en práctica. Es menester ser clementes. Esto prueba que así como los reyes al fin y al cabo son hombres, cada hombre tiene en sí mismo algo de real. Esto prueba que la realeza es especialmente un atributo cristiano. El Cristianismo es una vocación aristocrática, no económica ni socialmente, sino moralmente. Quien tiene alma cristiana, tiene alma de rey.

"Sed clementes" quiere decir: estad siempre prontos a perdonar a vuestros ofensores y perdonad de hecho, cada vez que la ocasión se os presente. Sin duda que "Perdonad" no es grito de la naturaleza, aun cuando en nuestra tan compleja naturaleza que, gracias a Dios, no es del todo bestial, esta necesidad de generosidad, de perdón, se asoma y se nos insinúa. El egoísmo de la venganza, que es un bestial egoísmo, y el anhelo por perdonar, que es un divino anhelo, luchan en el fondo de nuestro ser. El mundo nos invita a la venganza. Al instinto de venganza tomado y arreglado por la sociedad, se le llama justicia. A quien al recibir una ofensa, reacciona y se defiende con los puños, se le considera violento y vengativo; y a aquél que, con la misma sed

de venganza, de devolver a los demás el mal que a él le han hecho, se dirige al juez y hace condenar por meses y años a su ofensor, se le mira como quien ha hecho un acto justo.

No admira Jesús esta justicia humana tan egoísta: no es ésa su justicia, su ideal. La venganza que Jesús nos pide es el perdón, la clemencia. ¿Cuántas veces se debe perdonar?" le preguntó el ardoroso apóstol Pedro. Y cree que siete veces es mucho. Pero Jesús le responde: "No siete, sino setenta veces siete". No queda en esta forma, lugar a la venganza, ni aun oculta bajo el nombre de justicia. Perdonó Jesús a sus peores enemigos y a imitación suya, el cristiano debe perdonar siempre. Podría decirse que el Divino Maestro fue clemente hasta la exageración y a nadie se dirigió para pedir justicia; en cambio, hasta Dios mismo imploró perdón para aquellos que le crucificaron: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen".

No saben lo que hacen. Hay, en estas pocas palabras, una profunda filosofía del perdón. Quien se venga, vosotros cuando os vengáis, a menos de un impulso enteramente bestial, de una especie de reacción puramente fisiológica, os decís: "Yo castigo a un mal sujeto, a un hombre que ha obrado mal". De manera que, para vengaros con cierta apariencia de humanidad, vosotros juzgáis. Pero ¿quién os ha dado derecho para ello?, ¿quién os proporciona los elementos? ¿Creéis, por ventura, que sea fácil juzgar... y juzgar a un hombre?, decir: "es un mal sujeto... ha obrado mal"?, ¿qué sabemos nosotros de eso? Nuestra responsabilidad debe ser para cada uno de nosotros una fe. Yo soy y me siento, debo y quiero ser responsable de cuanto hago. Pero ¿los demás? La responsabilidad de ellos es un misterio. En la manera de obrar de otro entran muchos coeficientes que a mí se me escapan. ¿Qué sé yo, en cuanto a su carácter natural, o hereditario? ¿Qué sé de su educación, del ambiente en que ha vivido y vive, de las múltiples

provocaciones de que ha sido y es víctima? "Nolite judicare", nos intima con gran sabiduría el Evangelio. Jesús no juzga; por lo tanto, no condena, sino que excusa. Si estos verdugos supiesen a quién están ellos maldiciendo, blasfemando y atormentando, serían muy malos y responsables de lo que hacen, pero no lo saben, o, por lo menos, no nos consta que lo sepan, es poco probable.

Para ser clementes en el perdonar, es menester ser indulgentes en el juzgar, y para ser indulgentes en nuestros juicios, basta tener presentes la complejidad y la miseria de la humana naturaleza. Al ver que alguno ejecuta una mala acción gritamos: ¡Malvado! Acostumbrémonos a decir cristianamente: ¡Pobrecito! Y viene muy bien en este caso. Ser malo es una gran desgracia. Todos estamos convencidos de que es una infelicidad estar lisiado: tener, por ejemplo, las piernas torcidas. ¿Creéis que no es peor, tener torcida el alma? Cuando uno cae en la calle y se ensucia todo, o peor todavía, se hace algún mal, acuden todos llenos de compasión. Nadie duda de la desgracia que le ha ocurrido. Una mala acción es una caída moral. ¡Qué desgracia! ¡Cuán menester es compadecerla!

Esta compasión no significa debilidad. Quien por temor cediese ante la iniquidad sería un bellaco. El Evangelio no es la escuela de la vileza. Es menester demostrar el valor resistiendo a las supercherías de los violentos, especialmente cuando éstos, en vez de atacarnos a nosotros, se van contra los más débiles. Es necesario resistir a quien quiere hacer mal. Por lo tanto, impedir el mal y no duplicarlo como lo hace el vengativo.

El vengativo es como el niño caprichoso, que rompe una segunda taza por despecho, al ver que la primera se le cayó de la mano y se quebró. Antes de la venganza, era un niño que sentía dolor en una mejilla por un golpe que le habían dado; después de ella, sufren las

dos mejillas: una por el bofetón que le dieron y la otra por el bofetón restituido por él.

Jamás la venganza ha convertido ni convertirá a nadie. En cambio, el perdón sí. No siempre obtiene que mejoren aquellos a quienes se concede, pero es muy propio para conseguirlo. Es este un rasgo de bondad que puede generar bondad. El fuego enciende fuego y provoca nuevo calor. Si hay alguien que necesite sentir el calor de la bondad es el miserable, porque siempre se ha alimentado de odio. Quien se venga aplasta a su enemigo; quien perdona lo eleva. El odio es necio, ha dicho con razón el poeta moderno de la bondad; es necio siempre, porque es brutal y ciego. Sólo el amor es sabio. Seamos clementes, aun en las más pequeñas circunstancias; perdonemos a quien nos dirija una palabra hiriente o nos haga una mala jugada; perdonemos, y podremos así presentarnos con mayor seguridad ante Dios, pidiendo perdón para nosotros.

Virgo clemens, ora pro nobis.

XIV

SED FIELES

Interrogado una vez un artista, sobre cuál virtud era para él la más atrayente, respondió que la fidelidad. La contestación era evangélica. El siervo a quien el divino patrón llama al gozo eterno, es reconocido como siervo bueno y fiel: "Serve bone et fidelis". San Pablo, resumiendo en su conciencia humilde y orgullosa delante de Dios, su vida, decía: "Fidem servavi", he sido fiel. Nosotros los cristianos somos llamados los fieles; y María, la perfecta cristiana, es la "Virgo fidelis".

Sed fieles a Dios y a su causa que habéis abrazado. Es por sí misma tan bella la fidelidad a una causa, que nosotros la admiramos. La humanidad tiene horror a los que son veletas, que cambian de bandera y de partido según el viento. Evidentemente que, en realidad, nunca han pertenecido ni pertenecen a ninguno. Aparentan pertenecer a los demás y la verdad es que viven sólo para sí mismos, aprovechando en su favor cuanto pueden, mientras hacen la comedia de servir. En verdad son parásitos chupadores.

Abrazad una buena causa sin temor, pero una vez abrazada la que en conciencia os parezca buena, sed siempre fieles a ella: "Esto fidelis". No temáis a las críticas, ni a las oposiciones de los demás. Las buenas causas son generalmente las más combatidas y contrariadas. No os sorprenda ni os desarme la oposición, ya sea sutilmente irónica o violenta.

Los enemigos de toda buena causa blanden la doble arma: la punta y el golpe. Hay quienes resisten al golpe, pero no a la punta: una sonrisa o una burla los aniquila. Dejad que rían los necios y conservad vosotros vuestra manera de pensar. Si el espíritu con que se os combate es vulgar, oponedle el desprecio; si tiene siquiera un valor artístico, contraatacad. Mientras más combatida sea la buena causa, más podréis gloriaros de permanecer fieles a ella. Allí está el verdadero pundonor. Las causas perseguidas agradan a los caballeros del espíritu, así como a los antiguos caballeros atraía la causa de la mujer oprimida y llorosa. Corren los viles tras de la fortuna y los generosos a remediar la desventura. No desmayéis si el triunfo tarda en venir, porque las victorias se obtienen a largo plazo. Ocupaos en combatir, y dejad a Dios el cuidado de vencer. En todo caso, quien deserta, aunque sólo sea por cansancio, prepara la derrota.

El cristianismo venció, cuando los primeros cristianos supieron combatir, sufrir y esperar. Toda causa grande necesita de fieles y generosos soldados. Si en el mundo actual esta fidelidad no está de moda, preferid ser virtuosamente atrasados, incluso retrógrados, antes que bellacamente modernos. Como soldados de Dios y de toda causa que, por ser verdaderamente buena sea suya, recordad las palabras de Jesús: "Si alguno se avergüenza de Mí delante de los hombres, Yo me avergonzaré de él, delante de Dios". Quien permanece fiel a la causa de Dios, es más lo que se honra a sí mismo, que lo que ayuda a la causa.

Sed siempre fieles a vuestra palabra, a vuestras promesas, ya que ello significa la mayor sinceridad. No empeñéis fácilmente vuestra palabra. Antes de prometer algo, de cualquier modo o forma, pensad y examinad bien lo que hacéis. El que apresuradamente empeña su palabra, después con facilidad se retira. Los propósitos que sin reflexionar se hacen, muchas veces con desenvoltura se quebrantan. Pesad vuestra palabra, pero una

vez empeñada, cumplidla con honor. Desgraciadamente, en sociedad la palabra no tiene ya este valor y es menester afianzarla por medio del escrito o del juramento. Pero no exige Jesús a sus discípulos esos puntales; quiere, eso sí, que sea su palabra firme e irrevocable por sí misma. El hombre sin palabra es una caña trizada; al apoyarse alguien en ella, se quiebra. Contar con él es prepararse a la ruina. Tales hombres son un estorbo, tanto en el comercio, como en la vida privada y pública y se asemejan a aquellos letreros que al dar falsas indicaciones, desvían al pasajero. Dan esperanzas, para dejar sumidos después en la más honda y amarga desilusión. Esos que dicen y desdicen, ni siquiera se respetan a sí mismos: prometen blanco y lo que ejecutan es negro. Nada toman en serio. Y como ni a sí mismos se toman en serio, ¿cómo van a respetar a los demás? Tanto Dios, como la conciencia y la sociedad, están de acuerdo para protestar contra aquellos que faltan a su palabra, contra aquellos traidores, ya sea en cosas de grande como de pequeña importancia, puesto que las pequeñas vilezas y mentiras, preparan y facilitan las grandes.

Os recomiendo especial fidelidad en la amistad. Sin duda que hay malas amistades... la amistad de los ladrones que se conciertan para robar; hay otras frívolas, basadas sólo en alguna simpatía física. Pero existe también la amistad noble, verdadera, grande: aquella que es concordia de altos pensamientos, armonía de nobles sentimientos, unidad de generosos propósitos, como fue la amistad de Jonatás y David, el encuentro de dos almas. Esta amistad es grave y profunda. Si ninguna palabra debiera decirse y empeñarse sin pesarla, menos todavía la de la amistad, que exige más que todas, madura reflexión. Mucho hay que pensarla antes de darla, ya que se empeña para siempre. Quien rompe la amistad demuestra que jamás fue verdadera y da pruebas de ligereza, volubilidad y maldad: que es ligero en el decir, voluble en el desdecir y malo en los dos casos. "Usque

dum vivam et ultra", es la fórmula de la verdadera y sagrada amistad, de aquella en la cual el alma descansa, con el más completo abandono.

Sed fieles a vuestros amigos: defenderlos si los acusan. Si para ellos cambia el viento de la fortuna, que no varíe en vosotros el sentimiento y que, pobres, enfermos o perseguidos, les tengáis el mismo cariño que cuando eran ricos, fuertes y estaban en auge.

Comprendió así la fidelidad, la "Virgo fidelis": fiel a su Dios, fiel a su palabra, fiel en sus santos afectos, fiel a Dios, tanto en los días de dolor, como en los de alegría, fiel a los santos propósitos de su voluntad y de sus labios, fiel a cuantos lo amaron y lo aman.

Virgo fidelis, ora pro nobis.

XV

SED JUSTOS

¿Es la justicia, el dar siempre y escrupulosamente a cada uno lo suyo, una virtud cristiana? En cierto sentido nó, porque existía antes del Cristianismo y el Cristianismo exige mucho más que eso de nosotros, de sus discípulos. Antes de Jesús, conocían la justicia no sólo los hebreos, sino también los paganos. Profundamente la conocía Roma: los filósofos buscaban las bases de ella, y los jurisconsultos precisaban sus innumerables aplicaciones: en los casos dudosos, el pretor hablaba con autoridad para definirla y contra las violencias de ella, estaba siempre listo el látigo del lictor. La opinión pública llamaba a los injustos con los nombres más infamantes: ladrones, estafadores, asesinos. La razón de esto es fácil de comprender, puesto que la justicia es el pan de la vida social. En rigor se puede vivir sin muchos otros alimentos, pero nó sin pan. Asimismo, las sociedades no pueden vivir sin justicia, porque se produciría la guerra o la disolución.

No se contenta el Cristianismo sólo con la antigua justicia romana y farisaica; exige más. Como que vino a perfeccionar y no a destruir, no niega la justicia, sino que la afianza. "Sed más que justos" significa: comenzad por ser justos. Era eso lo más que podía hacer un pagano y es lo menos que puede hacer un cristiano. La caridad sin justicia es un castillo en el aire. La caridad sin justicia es la higiene de una familia que quiere beber

champagne y no compra pan. "Sed justos" es un grito eminentemente cristiano. Amad con ardor la justicia. "Bienaventurados aquellos que tienen hambre y sed de justicia".

Y este grito va dirigido a vosotros, jóvenes, porque aunque pequeños podéis ser injustos y muy injustos. Podéis serlo y tal vez lo sois, porque al papá y a la mamá que tanto se sacrifican por vosotros, y tanto os aman les negáis el honor y respeto; cosa que mucho les entristece. Porque quiero admitir la dificultad, si no la impotencia de los niños para hacer el bien y producir felicidad, pero es innegable su capacidad para hacer mal. Un granito de arena puede detener una máquina gigantezca. Con su obstinación egoísta puede ser un niño la desesperación de sus padres, su desgracia, y es éste una solemne injusticia. Puede un joven ser injusto con sus maestros, haciéndoles ingrata la tarea, por sí misma tan delicada y difícil, de la escuela. Una mala respuesta, un encogimiento de hombros, un silencio obstinado y soberbio, pueden ofender a un maestro en lo que tiene el hombre de más sagrado, que es su dignidad; y también ésta es injusticia. Se puede ser injusto haciendo caer sobre un compañero la responsabilidad de un error propio, para que él pague la pena. Se puede ser injusto en casa con la servidumbre, abusando de su posición, de su sujeción de siervos o de empleados, y olvidando su dignidad de hombres. ¡Qué fácil es cometer una injusticia, aun cuando se es pequeño! Y no por eso tiene menor importancia. Hasta en un pequeño lago las tempestades son tempestades y pueden volcar, si no ya al Titanic, sí a una pobre barquichuela. Desgraciadamente, los jóvenes no piensan en estas injusticias que siembran en torno a ellos, pero de todos modos dejan la llaga abierta. Como cristianos, no sólo debéis tratar de no cometer injusticias, sino que también debéis esmeraros por ser justos, aun en asuntos que para vosotros no sean provechosos. Ejercitaos en estar contentos,

cuando un compañero que lo merece os pasa adelante en la escuela, y en vez de entristeceros por la humillación sufrida, alegraos porque triunfa la justicia y ayudad a esos modestos triunfos de la justicia. Tomad la defensa de un compañero injustamente acusado o de aquel con quien los compañeros se muestran crueles, porque es pobre o feo. Hacéis, de esta manera, el aprendizaje de la vida. Fácilmente se os presentarán más adelante las ocasiones de hacer justicia: podréis ser abogados y tendréis que defender entonces la justicia ante los tribunales; si seréis ingenieros, deberéis introducir la justicia en las relaciones con vuestros operarios; si seréis magistrados tendréis que hacer justicia al pronunciar las sentencias. Quien desde pequeño se ha acostumbrado a amar la justicia, cumplirá entonces con su deber; porque pretender otra cosa es un imposible. El que no ha crecido en ese ambiente, hará tal vez justicia cuando le cueste poco hacerla, pero estará expuesto a inclinar la frente ante la iniquidad, cuando ésta se presente armada de fuerza y poder.

Sed justos ahora y siempre, y cuando lo hayáis sido mucho y de verdad, no sólo con los fuertes, sino también con los débiles, y a veces, con peligro para vosotros, mientras tal vez el mundo os adjudica una fácil gloria, vosotros mirando a Cristo y a María podréis repetiros en silencio la sentencia del Evangelio: "Si vuestra justicia no es algo más que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos".

Speculum justitiae, ora pro nobis.

XVI

SED ALEGRES

Esta recomendación pede parecer en unos casos superflua y en otros inútil: superflua, si se tiene el carácter alegre, franco y sereno; inútil, si se es melancólico y triste, por carácter. El valor no puede uno dárselo, decía D. Abundio, y tampoco la alegría. Pero es éste un error. Olvidaba él la elasticidad de lo que se llama el carácter natural de una persona y la acción que sobre sí mismo, cada uno de nosotros puede ejercer. Nunca un melancólico por naturaleza, llegará a ser un alegre por otra parte, el que ha nacido alegre, no posee una alegría virtuosa, como tampoco es virtud tener la espina dorsal bien derecha, ni es vicio moral una joroba; el que nació, pues, con temperamento melancólico, cediendo al impulso de la voluntad, fuerte o débil, buena o mala, puede llegar a la serenidad o abandonarse a la más tétrica melancolía. Nosotros los cristianos debemos ser alegres y serenos. "Servite Domino in laetitia" es un antiguo consejo hebreo. Dedicarse al servicio de Dios es como estar en su casa, haciendo su voluntad, porque su casa es el mundo y es El, quien a unos los quiere en un oficio y a otros en otro, a unos labrando el campo y a otros dilucidando las ideas. Razón tienen los siervos de un mal patrón para estar tristes y llevar pintada en sus rostros la tristeza de su innoble servidumbre; pero, en cambio, los siervos de un buen patrón, deben honrarlo con su alegría. Los que servimos a Dios hemos de

sentirnos siervos suyos y llevar alta la frente con legítimo orgullo.

Es la alegría, el vigor de la vida en todas sus formas. Físicamente estamos alegres cuando nos sentimos sanos y fuertes.

Nos sentimos alegres cuando nuestro intelecto ha encontrado algo nuevo. Después de alcanzada una vasta y serena visión histórica o cuando se ha penetrado una verdad filosófica; entonces nos sentimos embriagados de luz y llenos de alegría. Viene otras veces la alegría, del corazón, al encontrar éste su pedazo de pan, su vida, en un noble y sano afecto; cuando se ama tiernamente a la madre, cuando se ha encontrado una criatura con la que puede hacerse juntos el camino de la vida. Se está alegre cuando se vive y se vive bien y se vive alto: la alegría es la fosforescencia de la vida.

Pues bien, nosotros los cristianos tenemos la vida ardiente, alta y segura, porque la ley del Evangelio es ley de vida. No es el Evangelio un código de prescripciones ficticias, ni la expresión de un divino despotismo, sino la interpretación de la vida, la higiene del verdadero hombre, del hombre espiritual. "He venido a traer la vida abundante" dijo Jesús "ut vitam habeant et abundantius habeant". Hay quienes interpretan mal el Evangelio y hacen de él una ley de muerte, que los aprisiona con una cadena. El que entiende y abraza generosamente el Evangelio, encuentra en él, poco a poco, una disciplina benéfica y transformadora y se siente feliz, como aquel, que después de las molestias de los primeros días de una cura termal, se da cuenta de que va recuperando sus antiguas fuerzas o adquiriendo otras nuevas e inesperadas. No lloréis como si fueseis muertos o condenados, ni os ocultéis avergonzados, como aquel a quien se ha eliminado del banquete de la vida, como si pesase sobre vuestra cabeza y vuestro corazón una serie de pavorosas prohibiciones, como si todo lo bello, lo bueno y lo grande se os diese avaramente me-

dido. No miréis en torno vuestro con envidia, como si a otros en la vida les fuese concedido el primado. Los que así piensan son los cristianos tímidos e inconscientes, para quienes el Cristianismo es terror y ley de coerción y de pena. Por el contrario, enorgulleceos de la cristiana libertad, de esa exención que hace el Evangelio de todo temor y servidumbre humana, poniéndonos al servicio de Dios; de esa liberación del temor, merced a las revelaciones y elevaciones del amor, de esa buena virilidad hacia la cual él nos impulsa y nos encamina.

En la esperanza se encierra el gran secreto de la alegría. En general, los jóvenes son alegres y serenos, porque tienen ante los ojos muchas esperanzas; lo contrario sucede a los viejos, para quienes todo es realidad y desengaño.

Somos los cristianos los hombres de la grande y bella esperanza. ¿Qué no tendremos derecho de esperar para la humanidad de un Dios que es Padre? El pesimismo envuelve la existencia en profunda tristeza. Deberíamos estar tristes si nos sintiésemos arrastrados hacia la nada, como si viajásemos en un tren que se precipita al abismo; pero en cambio, al saber que viajamos por vía segura, con un buen maquinista y hacia una meta señalada, no podemos menos que estar satisfechos y contentos tanto en cuanto al tiempo, como a la eternidad. Viajemos así, nosotros los cristianos, mirando confiados hacia el porvenir, y con el sol de ese porvenir, que no es quimérico sino divino, avancemos alegres.

Causa nostrae laetitiae, ora pro nobis.

XVII

SED DEVOTOS

Tal vez es ésta una recomendación que ligeramente puede extrañaros. La devoción no es una virtud muy acreditada entre los hombres y menos entre los jóvenes. Pase, en fin, para las mujeres y más que nada para las niñas. Está bien para ellas un poco de devoción, llevar una medallita o una crucecita de oro colgada al cuello, un hermoso libro de Misa que hojear con las manos enguantadas, oir un poco de predicación en una iglesia bien frecuentada o algo de Ejercicios en una capilla elegante, pero para los hombres... buena está la religión, un poco de Misa los domingos, escuchada de pie en el fondo de la iglesia y con el sombrero en la mano para poder salir luego; pero ¡la devoción! ponerse de rodillas, murmurar Padrenuestros y salmos como una mujer cualquiera, eso no es viril. Cada uno en su puesto: la mujer recitando Rosarios y el hombre batallando por la vida. El hombre debe ser hombre, avanzar con la frente alta y las manos prontas para el trabajo.

Os advierto que hacéis, al pensar así, la mayor confusión del mundo. Confundís ciertas señales de devoción, no necesarias y hasta ridículas, con la verdadera y propia devoción, o mejor dicho, no sabéis distinguir la verdadera piedad de ciertas posturas equívocas de ella; queréis y establecéis entre el hombre y la mujer, una distinción rígida, exagerada y peligrosa.

Las señales y medios externos de devoción no cons-

tituyen la piedad. Pero no por eso se han de despreciar, siendo como son naturales. Tal vez una imagen de la Virgen en madera, con vestido de mal gusto, que los campesinos consideran maravillosa no os impresiona, pero en cambio, una hermosa Madonna de Rafael o del Giotto os agradará y os elevará, así como también una música grave y dulce. La devoción puede alimentarse de muchos modos y, hasta cierto punto, cada uno es libre de escoger el suyo. Lo importante es no rechazarlos todos. Son medios, y a través de ellos es menester llegar al fin. Acostumbraos a buscar y a saborear en cada una de estas formas religiosas, oraciones, ritos y símbolos, el alma religiosa que ellas encierran. Proceded como aquel que, a través de la cáscara, chupa el jugo de un fruto, es decir, la parte sabrosa y nutritiva. No os gloriéis de estar en la iglesia, en el templo, como uno de esos pequeños salvajes que todo lo ven, pero como no comprenden, nada pueden apreciar. Y no digáis, con el fin de eximiros del piadoso deber de frecuentarla, que se puede orar también fuera de la iglesia, que el firmamento es más hermoso que la cúpula del templo, que la música del mar y de la selva inspira más que la de Palestrina o de Perosi y que el perfume de las flores es un incienso que llega hasta Dios.

Todo esto es muy verdadero en abstracto, así como es cierto que se puede estudiar aun sin ir a la escuela y hasta sin maestros; lo que no quita que el noventa por ciento de los que no frecuentan la escuela, sea también profano a la más elemental cultura. La Iglesia es la asamblea humana, social, por excelencia. Fuera de Ella nos sentimos o ricos o pobres, o patrones o siervos, o doctos o ignorantes; sólo allí nos sentimos hermanos, allí se forma y se manifiesta la familia humana y cristiana.

No sólo es menester ir a la iglesia, es indispensable amar la Parroquia como la propia casa, cuna y tumba, como refugio que nos ampara en las luchas de la vida

y cuartel de donde salimos más aguerridos para el combate.

Sed devotos: esta frase unifica el variado arsenal de las devociones, porque al profundizar, se encuentra siempre una única cosa, una única realidad, que es Dios.

Por María, o sea a través de Ella, de los Santos y de Jesús mismo, en los diferentes misterios de su vida, se dirige el alma hacia Dios, tal como los radios de una rueda convergen en el centro. Oraciones, sacramentos y predicaciones, todo lleva hacia Dios. La oración nos eleva hacia El, los Sacramentos nos traen su gracia, y la predicación nos ilumina y nos enciende con sus vívidos rayos inmortales. La devoción es el único y múltiple comercio con Dios, con el Padre, con la Belleza, o sea la divinización progresiva del alma humana. Hay almas microscópicas que no son capaces de salir de sí mismas, que pretenden atraer a Dios a su órbita y empequeñecerlo con su mezquindad, pensando, hablando y haciendo cosas mezquinas en su nombre: "Arbitrantur obsequium se praestare Deo". Pero es ésa la devoción falsa y egoísta que humaniza a Dios; la verdadera, diviniza al hombre, le hace salir de sus pensamientos habituales, o por lo menos, le hace sentir la pobreza y mezquindad de ellos y pensar las más altas y nobles cosas de Dios. La verdadera devoción nos transporta hacia Dios, en un ímpetu de generosidad. Los pequeños devotos se aprovechan de Dios. Quisieran un Dios todo para ellos, y se lo forjan y lo sueñan dócil a sus caprichos y a sus mezquinos intereses. Piden y no ofrecen, toman y no dan. Su fe en Dios es enervante, es la fe de quien se deja transportar por una corriente. En cambio, la verdadera devoción es fortalecedora. El alma generosamente devota se consagra a la causa que sabe que es la de Dios, la causa de la verdad, de la justicia y de la bondad, por la que desea trabajar y está dispuesta a sufrir y se abandona en los brazos de Dios, así como un nadador se abandona al océano, porque de las aguas

se hace un apoyo para avanzar más ligero, para ir más lejos. Los verdaderos devotos han proyectado, querido y hecho las cosas más grandes y bellas, en nombre de Dios. Si las pequeñeces de los falsos devotos os chocan, en cambio, debe atraeros la magnanimidad de los verdaderos.

Avanzad sobre sus huellas, en compañía de Jesús, de María y de sus nobles Santos.

Vas insigne devotionis, ora pro nobis.

XVIII

ENAMORAOS DE CRISTO

"Oh, Señor, dice el Profeta Jeremías, Tú me sedujiste y yo quedé seducido. Tú fuiste más fuerte que yo, y me venciste".

Dios fue el primero en amarnos.

"Dios es amor", dice San Juan. Amar es dar, y he aquí la Creación.

Dios es amor. Amar es hacerse comprender de aquellos a quienes se ama; y he aquí la Revelación.

Dios es amor. Amar es hacerse semejante al que se ama; y he aquí la Encarnación.

Dios es amor. Amar es salvar a toda costa a quien se ama; y he aquí la Redención.

Dios es amor. Amar es querer estar continuamente con quien se ama; y he aquí la Eucaristía.

Dios es amor. Amar es darse a cada uno de los que se ama; y he aquí la Sagrada Comunión.

Dios es amor. Amar es querer hacer felices a las personas amadas; y he aquí el Paraíso.

Nosotros hemos recibido en herencia un mundo perverso, que hoy paga las consecuencias de cuatro siglos,

por lo menos, de errores y de extravíos. Y sin embargo no tenemos derecho a desconfiar, mientras Dios nos permita plantar sobre esta pobre tierra su imagen de Crucificado.

¡El Crucifijo! ¡He aquí el retrato auténtico de Dios!

¿Quién nos podrá dar el retrato de Dios, que es purísimo Espíritu? ¿Quién podría captar sus facciones en la Sagrada Eucaristía, si está oculto bajo las sagradas especies? El Crucifijo es el retrato del hombre Dios en el lecho de muerte. Aquella cabeza inclinada hacia nosotros, aquellos ojos inundados de sangre y de amor, aquellos brazos incansablemente abiertos para acoger a todos, aquel pecho lacerado para dar paso a su Corazón herido, aquella vida que se extingue entre inauditos espasmos en un cuerpo desgarrado, desangrado, bajo el peso de la deshonra, y en medio del abandono de los hombres y del Padre, ¡he aquí la imagen del Amor, he aquí, pues, el retrato de Dios!

Contemplando esta divina realidad, caemos de bruces y exclamamos: "Et nos credidimus charitati": Nosotros también creímos en la caridad de Dios.

Amor pide amor.

Y ¿dónde encontrar este amor? ¡Oh! en su manantial, en el Corazón de Jesús. Es preciso que las almas se arrojen a la fragua del Sagrado Corazón, es preciso aprender a amar el Sagrado Corazón.

¿Cómo hacerlo? La respuesta no es complicada: El amor no se da sino por medio del amor. Jesús está ahí y nos ama. Sí, te ama a ti también, tan indiferente, a ti, tan miserable. Lo hemos de pensar y repetirlo hasta hartarnos, hasta enfadarnos de tanto pensarlo y repetirlo, pues entonces sería señal de que empieza a circular la vida en nuestra vida.

¿De qué modo se ama? No hay respuesta para esta pregunta. Jesús no nos ha dicho: Me amaréis de esta o de aquella manera; sino: Amadme. Y basta. El amor no conoce ni medidas ni métodos; si tuviese límites, quedaría sofocado. Si amáis, el amor os enseñará lo que debéis hacer.

Pero, para llegar al Corazón de Jesús, para asirlo y ponerlo en contacto con el nuestro, ¿qué haréis? ¿Habréis, tal vez, de escalar el cielo para robar el Corazón de Jesús triunfante en la gloria?

Mucho más sencillo. Iréis a la Eucaristía, al Sagrario, tomaréis la cándida Hostia, y encerrándola en vuestro pecho, sentiréis verdaderamente latir el Corazón divino arrimado al vuestro. En la Hostia hallaréis a Jesús vivo y verdadero, y en Jesús su Corazón, y en su Corazón el amor, el amor infinito, la caridad divina, Dios, principio de vida, viviente y vivificante.

Hemos de ser de nuestro siglo, y no vivir en el pasado: No hemos de pensar sólo y siempre en Belén, Nazaret, el Calvario; todo esto es demasiado antiguo, decía a sus Ejercitantes el B. Eymard. Nuestro Señor ya no está en el pesebre, ni en la Cruz; ahora está en el Sagrario, está allí ahora, con el Corazón lleno de vida.

¡Qué horrible ver a los hombres, a los cristianos, a los católicos tan indiferentes frente a estas grandes, maravillosas, divinas realidades!

Se dice demasiado: Honrad la Cruz, llevad la Cruz... La Cruz, sí, pero ¿cómo se la va a llevar, si no se ama al Crucificado, al Corazón del Crucificado? El llevar la Cruz es sencillamente la consecuencia del amor a Jesucristo. Y Jesucristo ahora lo encontramos vivo y palpitante de amor en la Eucaristía.

No os detengáis demasiado considerando las virtudes que habéis de adquirir, los méritos que habéis de

atesorar, los sacrificios que exige la santidad, sino venid derechamente a arrojar en cuerpo y alma en la viva hoguera de Jesús Sacramentado, como la Esposa de los Cantares, como el Discípulo de la Ultima Cena; venid a descansar en Jesús, a contemplar su bondad y su amor, mejor dicho, a sentirlo palpitar en la Sagrada Eucaristía: luego, desde el Sagrario podréis volar a todos los combates, afrontar todos los sacrificios; tendréis en vosotros el amor, y el amor es la omnipotencia de Dios y del hombre.

La mística rosa, María Santísima, la Reina del Santísimo Sacramento, os ha de enseñar a buscar el amor en su manantial, la Eucaristía.

Rosa mística, ora pro nobis.

NOTA.—Esta consideración "Enamoraos de Cristo" que no es del Padre Semería, fue puesta en substitución de otra sobre la Patria que se refería casi en su totalidad al país del autor.

XIX

AMEMOS A LA IGLESIA

Hay una Patria que debe sernos y nos es instintivamente querida, la patria de la tierra, el país donde nacimos, el pueblo que habla nuestra lengua, que piensa, siente y quiere lo mismo que nosotros; pero tenemos también otra patria, que jamás debemos olvidar. Más que patria, es una familia sobrenatural a la cual pertenecemos y estamos unidos por las más íntimas fibras de nuestra alma: es la Iglesia Católica, que Cristo animó con su soplo, así como el Eterno animó a Adán con el suyo divino; esta Iglesia Católica que Cristo bautizó con su sangre y que, desde hace tantos siglos, sufre, combate, ora y extiende sus reales del uno al otro mar.

A ella pertenecemos, porque en ella hemos nacido y crecido y le pertenecen más de lo que ellos creen, aquellos que la han abandonado y la malquieren, quienes aunque sean hijos ingratos, dan pruebas de no haberla olvidado del todo en ciertos trágicos momentos. Pero no basta pertenecerle así, por fuerza de la inercia, casi a pesar suyo. Es menester entregarse a ella voluntariamente y ardorosamente: con toda el alma. Y para amarla más, tratemos de conocerla mejor, y digo mejor, porque perfectamente es imposible.

La Iglesia es la antigua y siempre viva tradición. Para algunos, la tradición es el pasado, una palabra a la cual tienen odio ciego, olvidando que, sin el pasado que ellos aborrecen, no existiría el presente, por el que

muestran tanto entusiasmo. En realidad, nuestra tradición católica no es el pasado muerto, consignado en las páginas de un libro o sobre la piedra de un monumento, el pasado muerto al cual es menester volver materialmente, o en el cual es necesario detenerse inmóvilmente; nuestra tradición católica es el pasado, el presente y el porvenir y significa conservación y progreso, porque es vida. El pensamiento de Jesús, su palabra, vive perennemente en la sociedad, que es la Iglesia, o, si queréis, todas las generaciones viven de ella y cada una, al vivir, le pide la solución de una duda, la condenación de un error o el consuelo de un dolor; y en esta vida múltiple, aquel pensamiento, aquella palabra, aun permaneciendo siempre ella, siempre la misma, la misma fe, el mismo Evangelio, explica su intrínseca riqueza y variedad. Ella no crece, pero crecemos nosotros en la inteligencia y en el amor a ella. Y por lo tanto, la fe de Juan XXIII es la misma fe de Pedro, el rito de hoy, es sustancialmente el de yer; se ora hoy en nuestras hermosas basílicas, tal como se oraba hace veinte siglos en las oscuras y húmedas catacumbas, con la misma fe, el mismo rito y la misma plegaria, pero no somos los mismos hombres y repetimos las mismas cosas con distinto acento. La tradición es la solidaridad humana a través del tiempo, análoga a la solidaridad humana a través del espacio. Es la solidaridad a través del espacio porque la Iglesia no es sólo la tradición: la Iglesia es la fraternidad: "Vera fraternitas". Proclamar la fraternidad es muy fácil, demasiado fácil, peligrosamente fácil, porque una vez que se la ha gritado fuerte, y esto es fácil porque las palabras no cuestan, ni tampoco los gritos, ilusoriamente se puede creer que todo está hecho. Así sucedió en la Revolución francesa: proclamaron la fraternidad y en nombre de ella, mataron a millones de franceses en el interior y sometieron al yugo francés a muchos pueblos de Europa. El cristianismo proclamó la fraternidad, porque hay que empezar por la proclamación, pero lo hizo en voz baja,

con palabra suave, persuasiva y fraternal. Es increíble, pero cierto, que haya quienes dicen mentiras para servir la verdad y que haya quienes toman a la gente por el cuello para obligarla a la fraternidad. La persuación ha obtenido lo que no consigue la violencia. En la Igesia se ha realizado la fraternidad. Somos, en efecto, una sociedad viva de hermanos vivos. A pesar de las enormes e indestructibles diferencias de raza, de lengua, de intereses, de tradiciones históricas, millones y centenares de millones de hombres tienen en común los más altos pensamientos, las más bellas esperanzas, las más graves obligaciones, los más santos temores y elevan las más devotas preces. En la civil Inglaterra, en Africa semibárbara, en los centros alemanes y americanos, en China y en Italia, todos cuantos son católicos piensan y oran del mismo modo. Y quien, los domingos, los observa a estos cientos de millones de católicos en sus templos, en torno a un altar que en todas partes es el mismo, con una liturgia que pocas diferencias tiene, o más bien dicho, es casi la misma por doquiera, hombres blancos, negros, amarillos, debe pensar que la valiente palabra de Pablo: "En Cristo, no somos ya ni griegos, ni romanos, ni bárbaros, porque en todos hay un solo Jesús", es una realidad. Desgraciadamente la realidad, la solidaridad no es completa y el Evangelio, que es el germen de unión humana, arrojado en corazones terriblemente divididos, ha fructificado y fructifica todavía, pero no plenamente, y los gérmenes contrarios de división y de lucha no han sido hasta ahora absorbidos hasta hacerlos desaparecer. Pero las obras sólidas y espirituales son lentas. Aunque hermanos en la fe, los mismos hombres no se sienten todavía hermanos en toda la vida, porque la fe no la penetra aun enteramente. Siendo hermanos en la fe, permanecen como enemigos, a causa de sus pasiones, cuya escoria no ha conseguido consumir del todo la caridad. Pero el fuego de ella trabaja y es todavía la única esperanza del mundo, porque

desea ver a la familia humana efectivamente concorde.

La Iglesia es orden o jerarquía o autoridad. No es un organismo social sin autoridad, ni un edificio sin orden de partes y superposiciones.

Es una jerarquía de fieles y Sacerdotes y Obispos y Pontífices, una monarquía que no es despótica, ni nominal. Tiene un jefe que no recibe, sino que da la directiva, no como un déspota, ni al igual que un Rey, sino como un Padre, augusto y simpático nombre, que nos recuerda la transformación que operó Jesús en el concepto de la autoridad, la que fue entre los paganos y es todavía cuando la sociedad se paganiza, soberbia y explotadora. El que está más arriba cree que es derecho suyo mandar y hacer un escabel del que está más abajo. Adulaciones y comodidades infinitas son el cortejo de la autoridad pagana, la cual ha tratado y trata de contagiar a la autoridad sagrada. Pero a la autoridad cristiana Jesús la impregnó de humildad y de amor. El primero en dignidad debe sentirse el último por conciencia del deber y el primero por capacidad amorosa de sacrificio: "Siervo de los siervos de Dios".

A esta autoridad real y por lo tanto, tan fuerte y tan dulce, tanto más fuerte, cuanto más suave es, debe corresponder de parte nuestra, una disciplina que no sea inferior a la militar, en cuanto a integridad de sujeción, pero que la supone en agilidad espiritual; una disciplina que sea más que militar, filial, constituida tal como la misma autoridad, por la humildad y el amor; disciplina en la que no existe la muerte y la mengua, sino la fuerza y la madurez de nuestra persona. Mientras más unidos estemos a la Iglesia y, a través de la autoridad, al Padre que está en los cielos y a los hermanos esparcidos a lo largo de los siglos por el mundo, más vivos y fuertes debemos sentirnos.

Foederis arca, ora pro nobis.

XX

UNA MIRADA AL CIELO

¡Qué hermosa es esta invocación "Puerta del cielo"! Sin duda que desde la puerta no es mucho lo que se ve; ya San Pablo nos lo anunció que el cielo es invisible, pero no obstante, acerquémonos a la puerta. ¡Qué consoladora es en medio de su misterio, la palabra de San Pablo! Vale la pena repetirla y saborearla: "Ni el ojo vio, ni el oido oyó, ni el corazón del hombre lograría imaginar lo que Dios tiene preparado para sus fieles amigos". El cielo es la casa de Dios y aun estando a la puerta sabemos quien es allí el patrón. Esto sólo puede hacernos comprender la naturaleza de esa habitación y cómo se estará en ella. Espiguemos otras ideas sobre esa Casa, de la Sagrada Escritura y de la Teología.

El cielo es la madurez, la perfección de nuestro ser. San Pablo emplea la metáfora de la semilla y del fruto. En este mundo se siembra y allá arriba se recoge lo que se ha sembrado. Aquí somos gusanos, pero del mismo gusano se desarrollará una mariposa inmortal, que será el cielo, la gloria, la vida eterna. Aquí también nos desarrollamos, pero con desarrollo imperfecto y para que éste llegue a completarse es necesaria la crisis, la transformación, el transplante. Esto lo alcanzaremos con la muerte y quien logre superar la crisis, vivirá. Porque la vida verdadera y resistente, aquella que la muerte corpórea no puede tocar, es la vida del espíritu. Desgraciados aquellos que no han permitido que

en sí mismos se desarrolle, pues tendrán como resultado la muerte eterna... un vivir que no será vivir. Pero, el que ha concentrado en la vida espiritual sus más sagradas energías y que ni aún ante el sacrificio ha retrocedido para alcanzarla, ese vencerá a la muerte. El cielo es la atmósfera donde la vida espiritual puede llegar a su plenitud. Por eso, se comprende que el cielo sea un enigma indescifrable para aquellos que en sí mismos han concedido la supremacía a los sentidos y a la carne. Estos hombres, muertos a la vida del espíritu y desgraciadamente demasiado vivos a toda forma de vida baja y animal, no comprenden el cielo, dice San Pablo. "Animalis homo non percipit"... El cielo, a éstos, no les atrae, no les seduce: querrían para ellos el paraíso de Mahoma. El cristianismo no estimula aquí ninguno de nuestros instintos inferiores y, en cambio, hace un enérgico llamado a nuestras más generosas aspiraciones. La vida inferior nos la ofrece transformada, espiritualizada, allá arriba.

El cielo es la asamblea de los justos, es la familia de Dios reconstituida en torno al Padre celestial. Como es la casa del Padre, está destinada a acoger a los hijos que quieren ser tales. El hombre no es un ser solitario, sino eminentemente sociable y en la asamblea del cielo, encontrará madurez y perfección. Desde luego, acá abajo es ya motivo de gran gozo la llamada Comunión de los Santos, que une fraternalmente a todas las almas a las que iluminó la misma fe y animó el soplo de las mismas esperanzas inmortales. Aun cuando no veamos a esas almas, sabemos que vibran al unísono con nosotros.

Todo el que busca la verdad, y Dios es la Verdad, sabe que millares de espíritus nobilísimos lo han precedido en esa lid y que millares más lo seguirán. Todo luchador por causa justa, y Dios es el Dios de la justicia, sabe que millares de buenos soldados han luchado y sufrido al par que él. Por sí sola, esta convicción da al alma inefable consuelo y energía, consuelo que au-

menta cuando nos encontramos con alguna de estas hermanas, "animae sorores" almas mansas y fuerte, gentiles y enérgicas, humildes y dignas, puras y ardientes. Las que en compañía de ellas se pasan, son horas de verdadero paraíso. "Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum", son palabras de los Salmos que nos dan a conocer de esa suprema y eterna reunión.

El Paraíso es la unión con Dios. "Semper cum Domino erimus". Sin duda que aun aquí está Dios con nosotros, pero es éste sólo el esbozo de aquella admirable realidad. Estos misterios de la unión con Dios son inexplicables con palabras y no hay una imagen que logre dar una idea de ellos. ¿Seremos nosotros quienes penetraremos en Dios como un pequeño pez en un vasto océano? ¿O Dios quien entrará en nosotros, a la manera de la brisa que hincha toda una vela? Una y otra son imágenes materiales, pálidas, esqueléticas e indignas. Y si no hay palabras capaces de darnos una idea de esta unión, menos todavía podrán explicarnos su dulzura. Sería menester decir quién es Dios para darse cuenta de la felicidad que el poseerlo significa. Dios es la verdad... y de la unión con El se deriva el éxtasis de la contemplación. El que estudia conoce el sublime goce que significa la verdad descubierta, poseída, saboreada; y eso le hace comprender algo del cielo. Dios es la belleza... y la unión con El produce divino deleite. ¡Cuántas veces nos detenemos a contemplar, sin cansarnos, algo hermoso!: la belleza de un monte, de una marina, de un jirón azul del firmamento, de una noche estrellada, de un cuadro, de un rostro humano... Si hay algún momento en que nos parezca superar el transcurso del tiempo para tocar la eternidad, tan profunda e intensamente reunida en sí misma, es éste. Dios es la bondad y poseyéndolo, podremos saborearla. Si pensáis qué infierno es vivir con una persona mala, comprenderéis qué cielo es poseer la Realidad buena.

Tal es el cielo, visto desde la puerta... es decir, tal es el esbozo, la sombra de aquella realidad. El que desde ahora vive una vida celestial, puede comprenderlo y formar en sí mismo una inefable imagen. Es necesario poseer primero el cielo en nuestras almas, para poseerlo para siempre en la eternidad.

Janua coeli, ora pro nobis.

XXI

LA MAÑANA DE LA VIDA

¿Habéis, acaso, contemplado alguna vez una serena mañana de verano? Espero que, gracias a la buena costumbre de levantaros temprano, os sea familiar el espectáculo; porque no quiero creer que hayáis de preferir perder de contemplar tanta hermosura. Hay en el terso cielo matutino una estrella que se obstina en permanecer aún, cuando todas las demás han desaparecido. Es bellísima con su continuo centello tan tranquilo. Parece que, en nombre de todo el desaparecido mundo de estrellas, quisiera ella saludar al día que comienza.

Esta estrella es María, y vosotros, jóvenes, sois la mañana. La juventud es la mañana de la vida que debería ser serena y alegre. Algunas veces os lamentáis por vuestra edad, tendéis con impaciencia hacia el futuro, querríais ser hombres y tener la energía y sobre todo la libertad de los adultos; esa independencia, que vosotros al mirar las cosas desde lejos, creéis mucho mayor de lo que en realidad es a los treinta años. ¡Nadie es libre en el mundo como vosotros os imagináis! No os apresuréis; la virilidad vendrá por sí sola: ser joven es uno de aquellos defectos (si puede dársele este nombre) que día a día van corrigiéndose solos. Vendrá, pues, la virilidad y con ella la libertad, si así lo queréis; pero cuando seáis hombres, tendréis también experiencia y no abusaréis de ella. Si ahora poseyereis la libertad, sería como una pistola en las manos inexpertas de un niño. No os que-

jéis, pues, porque sois jóvenes. Una juventud triste, regañona, quejumbrosa, es ridícula, por no decir antipática. Gozad con ser jóvenes y con todas las alegrías y ventajas de vuestra edad. Especialmente a vosotros, se dirige el divino llamado: "Servite Domino in laetitia: servid al Señor con alegría".

Dios se mostró al Salmista como un alegre rayo de sol, sobre la frente del joven. "Deus qui laetificat juventutem".

Nadie tiene derecho a quejarse de la vida, y vosotros menos todavía. Hay mucha frescura en vuestra edad y se goza con la belleza de todas las cosas nuevas. Lo nuevo tiene siempre su esplendor: un libro nuevo, un traje nuevo, una casa nueva. Vosotros sois vidas nuevas y bebéis el agua de la vida, pura y fresca en su fuente. La vuestra no es sólo vida, es vivacidad. Tan vigorosa es vuestra vida, que cada día crece dentro de vosotros, y la esparcís en torno vuestro. Lleváis la vida por doquiera... a la casa, a la escuela, a la familia de los amigos. Como expresión de esta vivacidad, os brillan los ojos, brota de vuestros labios más fácil y copiosa la palabra, y los movimientos son más ágiles y flexibles. Sois hermosos como las flores y vuestros padres os consideran como el ornato de la casa. Sois el ensueño y el centro espontáneo de sus afectos. A vuestra edad estáis circundados de cariño: el de vuestros padres, maestros, hermanos y hermanas y el de vuestros compañeros y amigos que tan fácilmente encontráis en el sendero de la vida. Cada día hacéis un nuevo descubrimiento en ese camino, una nueva idea germina en vuestra mente, hacéis una nueva experiencia y encontráis una nueva belleza. Para vosotros todo es interesante, así como sucede al Africano, que por primera vez visita Europa, que se interesa por todo lo que para él es nuevo, en nuestra civilización. Y la hermosa realidad es todavía pequeña cosa frente a vuestros dorados ensueños. La esperanza constituye vuestro pan y a ella tenéis derecho.

El pasado es de los ancianos, y de vosotros el porvenir, a cuyo encuentro vais confiados. ¡Qué hermoso es ser joven, cuando se es joven de veras! No echéis a perder, no profanéis vuestra juventud: mirad que si lo hicierais, sería como pisotear una flor. Son las perversas experiencias las que hacen envejecer antes de tiempo, y el mal es el veneno que puede marchitar vuestra flor. ¡Preservaos de tan gran desgracia! Imprime ella en la frente del joven una precoz sombra de no misteriosa tristeza.

Os he dicho que gocéis en nombre de Dios, de la belleza de la juventud y ahora os agrego: daos cuenta también de sus graves responsabilidades. La juventud es bella, pero no es frívola para quien la mira en relación con la vida; no es un capítulo arrancado del drama de la vida, ni mucho menos un prefacio, al que ningún lazo une con el resto del libro. Por el contrario, es la primicia de todo el resto, el germen del que todo ha de desarrollarse, el fundamento sobre el cual todo el edificio de la vida debe apoyarse. Bien me imagino las responsabilidades, las trepidaciones de un arquitecto en los días en que se arrojan los fundamentos de una casa, porque ¡desgraciado de él si no se hace con perfección el trabajo! todo se derrumbaría. Al edificar sobre malos cimientos, sólo se obtendrá una construcción frágil. Echáis ahora, vosotros, los fundamentos del futuro edificio; formáis en este momento el patrimonio de ideas de que vivirá después vuestra inteligencia; adquirís y podéis adquirir los conocimientos o actitudes técnicas, con las que se nutrirá después vuestro trabajo; formáis ahora aquel carácter con el cual y del cual viviréis más tarde, con alegría o tristeza no sólo para vosotros, sino también para los demás. ¡Qué preciosa es en este sentido cada hora de la vida del joven! Justamente ahora tenéis posibilidades y oportunidades que jamás volverán. Lo que, con facilidad se aprende a los quince años, a los treinta cuesta el doble aprenderlo, cuando no es imposible. En vuestra edad, cada acción tiende a traducirse en hábito.

En la tierra blanda y fresca, luego se hacen los surcos, y como vosotros estáis en esas condiciones, con trágica facilidad se imprimen en vosotros los surcos del bien y del mal. ¡Cuán inútilmente os lamentaríais un día, si por culpa y negligencia vuestra perdieseis estos primeros años!

Stella matutina, ora pro nobis.

XXII

SALUD Y ENFERMEDAD

Nos enfrentamos aquí, con algunas grandes realidades de la vida: la juventud, el pecado, la salud, la enfermedad. También la salud y la enfermedad entran en las consideraciones y solicitudes del Cristianismo, como que a Jesús no le parecieron algo demasiado bajo para no ocuparse de ellas. Por el contrario. Le vemos acoger a los enfermos que a El se acercan, invocando la salud. Sin duda que lo que a El más le interesa y trata de infundir en los demás, es la preocupación de la parte espiritual. ¿De qué sirve todo el resto, si se daña y se pierde el alma? A ésta es indispensable sanar y salvar, cueste lo que costare. Pero hay en el hombre una grande y profunda unidad de los diversos elementos: es humano nuestro pobre cuerpo y también humana nuestra vida inferior, pero el Cristianismo no se desinteresa de ellos y María es "salud de los enfermos", "Salus infirmorum".

Aun la salud del cuerpo causa gran preocupación al cristianismo, así como sucedía entre los antiguos. Le agrada al cristiano repetir el "mens sana in corpore sano" de los griegos. Si para todos los lisiados, enfermos y anormales, pide el Cristianismo la salud, quiere decir que es éste su ideal, y antes de enseñarnos a recuperar la salud perdida, nos insinúa a conservarla cuando está buena. La salud es don de Dios, porque es la misma vida en su forma entera y perfecta. Oportunamente ob-

servó una vez Jesús, que Dios es Dios de los vivientes y no de los muertos, ya que de sus manos poderosas, no la muerte, sino la vida, sale como un don. Igualmente podemos decir que Dios no es Dios de la enfermedad, sino de la salud, la que es para nosotros una gracia y una verdadera fortuna, que trae consigo muchos bienes, de lo que se dan cuenta los enfermos, al establecer comparación entre una y otra. La salud da fuerza para el trabajo; cuando de ella se goza, todo puede hacerse: labrar la tierra con los brazos y trabajar con el pensamiento el campo de la inteligencia. Estando sano, puede uno ganarse la vida y contribuir, trabajando, al progreso social. El mismo dolor moral nos agobia menos o lo resistimos mejor, si estamos sanos. La salud es alegría, es gozo, y encontramos diverso color al mundo, si lo miramos con ojos sanos o enfermos. ¡Con cuánto gusto recordamos los días en que nos encontrábamos en plena salud y, en cambio, qué oscuros nos parecen aquellos de la enfermedad!

No es el Evangelio un código de higiene, sino de virtud, ni son las iglesias, establecimientos termales para los cuerpos, sino refugio para las almas, y la virtud no tiene por recompensa la salud... pero conviene a la salud ser bueno y virtuoso. La "mens sana" ayuda al cuerpo a ser sano. Y las prescripciones religiosas de la Iglesia tienen benéficos resultados higiénicos. La temperancia es una virtud que el Evangelio recomienda como medio de intensificar y vigorizar la vida del espíritu, pero gracias a ella, también el cuerpo se desarrolla más sano y robusto. La molicie debilita nuestras energías físicas y el Evangelio al predicar el trabajo, el esfuerzo, la austeridad, junto con el espíritu, retempla nuestro organismo. En nombre de Dios sed temperantes y austeros: rechazad las seducciones del placer y no os espantéis ante las asperezas. Absteneos de lo que corrompe y soportad aquello que os pesa. No eludáis ni ahora, ni después, la suave serenidad de aquellas

leyes, en las cuales la Iglesia ha concretado para todos sus fieles el gran principio de la penitencia. La salud con su belleza, su fuerza y su alegría, es un tesoro que bien vale muchos sacrificios; jamás la compraréis demasiado cara.

¿Y si aun sin provocarla viniese la enfermedad? porque también los buenos se enferman... No pertenecemos nosotros a la escuela de los amigos de Job, quienes con el fin de consolar al pobre idumeo que yacía sobre su lecho de dolor, lo invitaban a buscar las culpas que habían ocasionado su desgracia. No decimos tampoco como los Apóstoles ante el pobre ciego: "¿Quién ha pecado, él o sus padres, para que haya nacido así?" También se enferman los buenos, pues la enfermedad no es siempre un castigo. Y sin embargo, cuando ella viene podemos en cierto sentido, tomarla y utilizarla como tal.

Desgraciadamente, pecados tenemos muchos en nuestra vida y aun cuando no sea la enfermedad consecuencia directa de ellos, considerémosla como instrumento de expiación. Y si nos parece que en proporción del mal hecho conscientemente por nosotros, el dolor sea demasiado, mirémosla por otro lado y utilicémosla de otro modo: purifiquémonos y elevémonos. Tratemos de transformar en energía moral todo aquello que la enfermedad nos quita de fuerzas físicas. Imitemos a San Pablo, que en la debilidad física retemplaba sus fuerzas morales.

Y verdaderamente nada hay que fortalezca más en las enfermedades, que la paciencia. Conservarse tranquilo con un cielo sereno es demasiado fácil y por lo mismo vulgar; en cambio, la serenidad en medio de la tempestad, sólo puede tener origen en una invicta fortaleza interior. Podrá discutirse si era noble, "virtuosa" y meritoria la actitud de Job, cuando se encontraba rodeado de su familia y de abundante riqueza; pero sin duda que fue heroico haber seguido creyendo en la

bondad de Dios y de los hombres y sonriendo sereno, cuando todo se derrumbaba en torno suyo y hasta la enfermedad había hecho presa de su persona. Imitemos su ejemplo.

Derramemos también tesoros de compasiva y operante caridad entre los enfermos que a nuestro paso encontramos, a imitación del buen Samaritano. Desoigamos las voces del egoísmo que siente repulsión física y moral por la enfermedad, para atender a las dulces y suaves invitaciones de la caridad. Aportemos consuelo a los pobres enfermos, aunque no podamos darles la salud y con confianza dirijamos a la Virgen la invocación:

Salus infirmorum, ora pro nobis.

XXIII

EL PERDON

Por sí sola basta la invocación "refugio de los pecadores" para revelarnos toda la belleza y delicadeza de la doctrina cristiana del perdón. Nada hay más consolador: ¡Dios perdona! ¡Desgraciados de nosotros si así no fuese, si la culpa fuese irreparable y Dios, el Dios de la justicia, fuese un Dios cruel y sin misericordia! En ese caso se apoderaría de la humanidad, que es generalmente pecadora, la más terrible desesperación. ¡Cuántas veces cada uno de nosotros ha elevado al cielo, con esperanza de perdón, ojos que la conciencia del pecado llenaba de amargas lágrimas! Y ¡cuánto bien nos ha hecho el pensar que aquel cielo no es de bronce y que no reina allá un juez severo, sino un Padre misericordioso! Pero ¿de qué no ha abusado y abusa esta pobre humanidad? Hasta de la bondad, indulgencia y misericordia divina. Y la invocación "refugio de los pecadores" aplicada a María, podría hacernos pensar en esto: en una indulgencia sin límites; desconcertada, débil y por lo mismo debilitante. ¿Podría considerarse ese refugio como esos asilos que en otros tiempos estaban abiertos a los malhechores, no con el fin de encaminarlos a su enmienda, sino para protegerlos contra la humana justicia? No; la teoría cristiana del perdón es, en su integridad, una obra maestra de equilibrio.

Dios perdona siempre y a todos, como que su misericordia es infinita. Esto lo dice todo. No hay pecado,

por muy vergonzoso que sea, ni pecador tan obstinado que no tenga cabida en la paciente amplitud de esta caridad divina. En el Antiguo Testamento decía Dios, en sustancia, por boca del Profeta, que aunque estuviera nuestra alma más negra que el carbón, igualmente nos enblanqueceríamos. Y en el nuevo está ilustrada esta doctrina de perdón, con las imágenes y palabras más eficaces y suaves. ¿Quién no recuerda la parábola del hijo pródigo, en la que el padre espera la vuelta del hijo con verdaderas y sublimes ansias de perdón y donde su retorno es celebrado con alegría indescriptible, misteriosa y casi escandalosa para quien no tiene entrañas de padre? Y ese mismo pecador figura en otras partes como una ovejita extraviada o una moneda preciosa perdida, y halladas con inmenso regocijo.

El perdón es para Dios un gran gozo y motivo de fiesta en el cielo. Como Ministro de la divina misericordia, Jesús no rechaza desdeñoso a ninguno de los enfermos morales que a El se acercan, publicanos, avaros como Zaqueo, mujeres perdidas, desacreditadas, sorprendidas en flagrante delito: a ninguno condena irremisiblemente; sus brazos están abiertos para todos.

Se escandalizan los fariseos, pero no por eso cambia Jesús de ideas ni de método. Verdaderamente, la misericordia de Dios, encarnada en Cristo, es sin límites, llega donde es posible. Y Jesús quiere hacer penetrar este sentimiento en las almas; no es un dogma abstracto que El proclama, sino una viva realidad: es la buena nueva que trajo a la humanidad pecadora. La Iglesia ha heredado este espíritu de Jesús: invita también a todos los pecadores a penitencia, ofreciéndoles el perdón.

El perdón, en la Iglesia, es también un Sacramento. Se diría que los pecadores tenemos derecho a él. ¡Pero entonces, se dirá, eso significa la flojera, la derrota moral y la impunidad garantida a los malvados! Voces semejantes se perpetúan desde Cristo hacia adelante, por

obra de los escribas y fariseos, a veces sinceramente y otras hipócritamente celosos. Dios todo lo perdona, en el sentido de que no hay ningún pecado ni ningún pecador que no tenga acceso a la misericordia de Dios, pero puede agregarse que Dios no perdona nada, en el sentido de que ningún perdón será concedido por Dios sin exigir y provocar un cambio de parte nuestra. El perdón de Dios no es algo que baje a cubrir nuestras culpas, a cubrir el estado moral decadente e infecto del pecador, dejándolo subsistir; de la misma manera que una venda no puede decirse que sane una herida por el solo hecho de cubrirla. No, el perdón de Dios significa nuevas relaciones entre El y nosotros, relaciones vivas y reales, que en nosotros pecadores, tendrán por resultado un profundo cambio y una verdadera y propia revolución. Por su parte, nunca Dios está en malas relaciones con nosotros, así como un padre, por sí mismo, jamás está en malas relaciones con su hijo. Dios ama siempre, a la manera que el sol siempre ilumina, pero se pueden volver las espaldas al sol y entonces todo cambia. Dios es siempre nuestro amigo, pero cuando pecamos, renunciamos a ser amigos suyos y destruimos en nosotros mismos el vínculo de la amistad; para volver a ella se requiere una renovación de parte nuestra, y que nuevamente volvamos a Dios de quien nos habíamos alejado. En otras palabras, es menester la "Conversión", que significa reencender en nosotros todo ese mundo de afectos, gracias a los cuales nos era posible tener a Dios como amigo. Para eso es indispensable eliminar rigurosamente de nuestro purificado corazón la mentira, la impureza y el odio. Bien sabéis que el perdón de Dios está en relación con nuestro arrepentimiento y esta condición no la impone un sublime capricho divino, ni una especie de despótica voluntad, sino que es una verdadera necesidad de que así sea; ni tampoco quita nada a la generosidad del perdón divino, sino que provee a su dignidad y juntamente

a la nuestra. Jamás nadie podría quedar dispensado de ello. El arrepentimiento debe ser sincero y profundo, porque fácil es engañar con palabras a los hombres, pero no así a Dios que penetra los corazones. Se impone, pues, una vida nueva, un alma nueva. En este esfuerzo del pecador para efectuar en sí mismo una profunda renovación está manifiesto el oculto trabajo de Dios y de su gracia, pero es trabajo y esfuerzo verdadero y propio de nuestra voluntad. El rito exterior de la Confesión lo supone y lo ayuda, porque este rito externo no se agrega de modo mecánico al arrepentimiento, sino que es una expresión orgánica de él, casi un desahogo de esa necesidad de llanto, de humillación y de sacrificio que el dolor pone en el alma, la cual arrepentida de veras, se refugia en Dios, humilde y confiada; humilde, por la conciencia de su culpa y confiada, por la esperanza del perdón. Así en Dios se refugia, pensando en sus Santos y en la Reina de ellos, inmaculada y pura.

Refugium peccatorum, ora pro nobis.

XXIV

CONSOLAD

¡Qué título tan hermoso! ¡Qué misión tan noble! Es esa la misión que nuestra Madre, María, se adjudica en unión con su Hijo Jesús, quien con inmenso anhelo de consolar, llamó a Sí, a todos los afligidos y a los desgraciados diciéndoles: "Venid, venid sin temor, sin reservas y yo os consolaré". Pero no es ésta una misión exclusiva ni del Hijo ni de la Madre; lejos de ser un monopolio que Jesús se adjudique, es un ejemplo eficaz que quiere darnos y nos da. No os digo que no acudáis a Jesús y a María en demanda de consuelo cuando lo necesitéis, pero quisiera que de ellos aprendieseis a ser vosotros también consoladores; es ése, sin duda, el mejor medio de sentiros consolados. El que así lo hace, en el oficio mismo de consolar que caritativamente ejerce, encuentra, sin buscarla, la recompensa de un verdadero alivio.

¡Dediquémonos a consolar! Son tantos los dolores que hay en el mundo que, por muy solitario que sea nuestro camino, nunca dejaremos de encontrar en él algún herido, como le ocurrió al buen Samaritano. Hay siempre pobres que no tienen pan, desocupados que buscan trabajo, enfermos que desean una visita, melancólicos a los cuales basta el rocío de una buena palabra y solitarios a quienes pesa el desierto que en torno suyo se ha establecido. ¡Cuánta gente que sufre y que llora! ¡Cuánta, para quien la vida es amarga y pesada! La

tristeza, el dolor, son mercaderías que abundan en el mercado humano. Por jóvenes que seáis, ya debéis haberlo constatado. ¿Qué haréis ante este dolor? Al contacto de esta miseria, ¿qué haréis?

Abríos fraternalmente al dolor y a participarlo, a sentirlo como vuestro. Tiene San Pablo una frase hermosísima como fórmula de una caridad operante: "Flere cum flentibus". Jamás os mostréis desinteresados de las lágrimas, de que algunos ojos están llenos, ni dejéis de mostrar con una palabrita, que de ello os habéis dado cuenta y que, lejos de permanecer indiferentes ante esa dolorosa constatación, no deseáis otra cosa que remediarla; ya el mostrar esa fraternal simpatía, es obra caritativa y consoladora. Hay quienes se cierran ante este espectáculo y son los egoístas, que ni siquiera se dan cuenta de cuanto sucede fuera de ellos; y hasta tal punto el egoísmo les cierra el alma, que elimina en ellos toda la compasión que los ajenos dolores pueden producir. Para hacer frente a esa actitud, es menester abrirse, en señal de caridad, con el fin de consolar. El que sufre, ya sea por dolores físicos o por falta de medios, considérase como un deshecho, cuya vista causa repulsión, porque el dolor es un elemento terriblemente aislador y todo aquello que a esa ley de aislamiento se rebela, todo cuanto a él viene inesperado y amoroso, lo conforta. Pero si de veras sufrís con quien sufre, si por virtud de fraternal simpatía llegáis a hacer vuestro el sufrimiento ajeno, no os contentéis con derramar una lágrima, ni decir una breve palabrita, sino tratad de remediar el mal con todos los medios que estén a vuestro alcance. Y nunca falta cómo hacerlo: cada uno a medida de sus fuerzas. No carece el mundo de capacidad de consolar, sino de buena voluntad: muy pocos son los que hacen algo de lo que podrían y casi ninguno hace todo cuanto puede.

Es esa la causa de que haya en la humanidad, tanta tristeza sin consuelo, tanto desbordante dolor. Pre-

guntaos con frecuencia: ¿He hecho yo cuanto en mi mano estaba, por mi hermano que sufre? ¿He agotado hasta el último cartucho de consuelo humano? Será ese un examen de conciencia útil y fecundo, que tal vez, no traerá agradables constataciones.

Aun cuando en alguna ocasión nada consigáis, a pesar de vuestros esfuerzos más sinceros, servirá de todos modos de consuelo a aquel por quién los habéis hecho, al constatar que no lo amáis sólo de palabra, porque los hechos jamás mienten. Siempre es el amor un bálsamo inefable, que aunque no cura el cuerpo, consuela el espíritu y ¿quién no sabe cuánta energía puede transmitir aun a los cuerpos enfermos un espíritu más fuerte? Cierto que no llenará una bolsa, pero dará valor a un hombre, y esa no es pequeña caridad.

Tiende el egoísmo a formar la liga de los felices, de los que gozan y a excavar un abismo entre ellos y los desgraciados.

Guiados por la caridad, unámonos, en cambio, para formar la liga de los que ayudan a los que sufren, de los que son fuertes con los débiles, de los que son ricos en caridad para con los pobres, lo que producirá el más maravilloso y consolador equilibrio.

Consolar al que sufre significa en otras palabras, derramar alegría, haciendo participar a los demás la alegría que uno tiene: es ése un don que rinde, una misión benéfica, tanto para el que lo concede, como para el que lo recibe. Encerrar dentro de nosotros la alegría, sería hacerla estancarse, como el agua de ciertos lagos que termina por corromperse. Provocar su salida, prodigándola, la pone en movimiento, la multiplica, la salva. Tenéis ahora una razón más profunda y altruista de aquella invitación "sed alegres" que en otra ocasión os hice y pudo pareceros paganamente egoísta y baja. Ahora lo vais a comprender: "Nemo dat quod non habet: Para comunicar alegría es menester poseerla". Algunos hay que para sí la acumulan, como un avaro, que para

sí solo quiere sus monedas, pero el hombre generoso gana para dar. Perteneced vosotros al número de estos últimos y nada habrá más bello en vuestra existencia, que el haber podido encender el rayo de la alegría en una pobre alma triste, haber sido, por un momento, consoladores, siguiendo el ejemplo de Jesús y de María.

Consolatrix afflictorum, ora pro nobis.

XXV

LA IGLESIA

Ante las miradas del hombre pagano, señalaba la patria el más vasto horizonte espiritual y tal vez apenas un grupo de privilegiados, de hombres superiores y almas elegidas, veían más allá de ella a la humanidad.

Pero nosotros, los cristianos todos, aun los más humildes y sencillos, sabemos que existe otra sociedad, que es como un puente entre el cielo y la tierra, el presente y el porvenir; una sociedad que es la patria de las almas, que está por encima y fuera de todo vínculo fisiológico y de todo interés material... sociedad internacional por excelencia, católica, universal: ésta es la Iglesia. Tal vez pensamos demasiado poco en la Iglesia, o por lo menos, no pensamos lo bastante en ella, más bien dicho, no transformamos el hecho de pertenecer a ella en otro hecho más importante y grave, de participar en su vida, con todo nuestro espíritu. A eso nos invita Nuestra Señora, porque ella, con su dulce nombre de Madre que le dan los cristianos, nos recuerda uno de los caracteres más típicos y simpáticos de esta sociedad espiritual y universal: el carácter doméstico.

Es ella una sociedad espiritual y patria de las almas. Los hombres pueden asociarse y se asocian por finalidades tan diversas. Se asocian por la bolsa, ligados con cadenas de oro y ávidos de poseer cada vez más. Se asocian para divertirse y supongamos que sea honesta-

mente como en los deportes. Se asocian para estudiar mejor, acumulando todos sus esfuerzos para buscar la verdad. En la Iglesia nos asociamos para aspirar a lo que hay de más alto para la humanidad, que es la elevación moral y religiosa de las almas: la santificación. La Iglesia es la madre de los Santos. Hermosa, a su modo, es una sociedad de hombres ricos, de hombres fuertes y de hombres doctos, pero todo esto es nada ante una "sociedad de santos".

Cierto es que la Iglesia está unida a la tierra por un hilo, porque las almas que ella asocia son almas viajeras, unidas a un cuerpo que es materia y las impulsa hacia el cielo, hacia la eternidad. En la Iglesia y por la Iglesia, sienten los hombres esta preeminencia de la vida del espíritu sobre la vida del cuerpo, de la vida moral sobre cualquiera otra forma de actividad. Por eso tiene la Iglesia una supremacía que nadie puede disputarle, sino a riesgo de interpretarla erradamente, y es el primado inalienable e indestructible del espíritu y de sus intereses, porque por medio de él, se une el hombre a Dios y lleva impresa su imagen en él. La Iglesia es escuela, palestra y tesoro para las almas; ella plasma las inteligencias a la luz de la verdad e impulsa la voluntad hacia el amor y la práctica del bien. Como sociedad de las almas es universal en el tiempo y en el espacio: es católica.

Por muy vasta que sea la patria, tiene límites; en cambio, la Iglesia no tiene ninguno.

A los imperios que se expanden, entran nuevas gentes, pero humillándose, encorvándose, oprimidas, ultrajadas; lo contrario sucede para entrar a la Iglesia, donde todos los hombres tienen derecho de ciudadanía y ninguna raza tiene especial privilegio. Al principio, pretendían los hebreos entrar ellos solos, o, por lo menos, con preferencia a los Gentiles, a esta ciudad de Dios, pero desde entonces San Pablo oportunamente recordaba que el Padre celestial no admite mezquinas y soberbias dis-

tinciones entre sus hijos, "non est acceptio personarum apud Deum".

No tienen mayor derecho al Evangelio los pueblos civilizados que los bárbaros, ni éstos, por su barbarie pueden ser despreciados, como si fuesen cristianos de segunda clase. En la Iglesia no pierden las naciones su individualidad, sino que ella los invita a elevarse sobre sus miserables luchas. Símbolo, aunque no necesario, pero sí muy elocuente de esta fraternidad universal, es el común esfuerzo de hablar en el culto la misma lengua. Y aun cuando el sonido de los labios sea diverso, es uno el pensamiento de la mente y uno el propósito de todas las voluntades; tanto en Roma como en Jerusalén el credo es el mismo y también es igual el decálogo desde el polo hasta el ecuador. Y pensamientos y propósitos concordes crean un vínculo de maravillosa continuidad entre las sucesivas generaciones y pasan los siglos cantando el himno de la misma fe y lanzando hacia la eternidad el grito de las mismas inmortales esperanzas. Por eso, después de veinte siglos nos sentimos tan cerca de las primeras generaciones cristianas: meditamos el mismo Evangelio que entonces fue escrito y nos alimentamos con los mismos Sacramentos, desde la cuna hasta la tumba.

Pero esta sociedad tan majestuosa, tan imponente, es más bien una familia que un reino, porque el símbolo más apropiado a su realeza trascendente, lo buscamos mejor en la institución natural de la familia, que en la seminatural y semiartificial del reino. Un gran filósofo moderno describió la Iglesia como una familia sobrenatural y con esa palabra "familia" declaró toda la intimidad, la dulzura y el goce que se experimentan al sentirse cristiano y católico de verdad.

Somos socios y compañeros entre nosotros o, más bien dicho, hermanos. Y no estamos gobernados por reyes, sino por un Padre, para invocar al cual miramos hacia el cielo; nos sentamos también a una misma Mesa

y para que nada falte a la verdad del símbolo, tenemos una misma Madre que es María. ¡Seamos hermanos! Es ése el hermoso programa que debemos proponernos desarrollar. Desgraciadamente existen mil razones de separación y de contraste: la variedad de caracteres, la diversidad de las lenguas, el nivel de civilización, las escuelas científicas y los intereses económicos. Pero si somos cristianos verdaderos, debemos sentir en Cristo, un vínculo de amor a Dios superior a todas las divisiones humanas e históricas. Habrá sin duda blancos y negros, obreros y patrones, doctos e ignorantes, ricos y pobres, nobles y plebeyos, pero es menester que por sobre todo esto, permanezca irremovible en nosotros el propósito de sentirnos cristianos y demostrarlo a los demás a través de nuestras obras.

Roguemos a María que nos ayude con su amor a obrar este prodigio.

Auxilium christianorum, ora pro nobis.

XXVI

SEMBRAD EL BIEN

Evoca en nosotros una grande imagen esta palabra "Apóstol", aquí en las Letanías, pero por eso mismo que es grande, hay peligro de restringirla. Vemos a María circundada por los Doce, que fueron los elegidos por Jesús, sus amigos, los primeros depositarios de su pensamiento, quienes, si en los tres años que estuvieron con El no siempre le correspondieron con las debidas atenciones, ni con heroica fidelidad, después de Pentecostés, con ímpetu de fe, trataron en lo posible de compensar la incredulidad de un día funesto, empeñándose con toda el alma por dar a Jesús muerto y resucitado, más todavía de lo que habían avaramente negado a Jesús vivo en medio de ellos. Fue ésta una pequeña legión privilegiada, a la cual se dirigió directa como una flecha, la apremiante orden de Cristo: "Id y predicad el Evangelio a todas las gentes" "omni creaturae", cuyo trabajo no sólo gozó de todas las delicias de la conquista, sino también de las del descubrimiento, porque fueron verdaderos pioneros, que en un terreno virgen, sumido desde hacía siglos en la inercia espiritual, lograron hacer brotar una vegetación tropicalmente bella y rica. Por su valor, su tenacidad en el trabajo y su espíritu de sacrificio merecieron servir de ejemplo a todas las generaciones; aun los profanos citan a San Pablo, el más infatigable de los primitivos Apóstoles, entre los hombres más ilustres de la humanidad.

Pero sería mucha estrechez de espíritu reservar sólo a los doce primeros seguidores de Cristo, a los que se unió más tarde San Pablo, el nombre de Apóstoles; de ser así, este glorioso título habría desaparecido y su función se habría agotado, pero el apostolado es tan eterno como la vida misma de la Iglesia. Es menester que vaya continuamente renovándose y reforzándose esa falange que con frecuencia se ve diezmada, a causa de la muerte violenta del mártir o de la del operario consumido por la fatiga. Jamás termina la conquista cristiana del mundo, porque aun cuando una zona parezca conquistada para Jesús, nunca lo estará del todo. Si el Cristianismo no tiene ya que extenderse allí, deberá profundizarse, y aun cuando el Evangelio haya llegado a los confines del mundo, no habrá alcanzado todavía los confines de las almas. El apostolado cristiano es ilimitado. La corona de Apóstoles que circunda a María se acrecienta con nuevas unidades de generación en generación; a ella todos tienen acceso: la conscripción es universal.

En la vida moderna todo ciudadano es soldado; en la sociedad cristiana cada fiel es, debe y puede ser un apóstol. El apostolado es el hijo legítimo de la fe y del amor. Cuando se ama una idea, y tener la fe significa estar penetrados de una idea, tener entusiasmo por ella, entonces es imposible guardarla sólo para sí, porque el entusiasmo es expansivo y comunicativo como el fuego, y así como el fuego espontáneamente se propaga, otro tanto sucede con la fe. El antiguo sabio Arquímedes, cuando creía haber encontrado alguna pequeña verdad, la proclamaba y la difundía, sin poder reservársela para sí. También nosotros, si tenemos fe, hemos encontrado, no una pequeña, sino muchas grandes verdades, de aquellas que iluminan y consuelan la vida. Debemos, por lo tanto, tratar de hacer a todos partícipes de ella, sobre todo, si amamos al prójimo a la manera y en la medida que el Evangelio nos indica. ¿Será posible que

tengamos en la mano el pan y no se lo demos a nuestros hermanos que mueren de hambre? ¿y que tengamos la luz que puede guiarlos y el bálsamo que puede confortarlos y mezquinamente lo reservemos para nosotros? ¡De ninguna manera! Quien de veras ama al prójimo, no sólo va, sino que corre a consolarlo y quiere ver a sus hermanos gozando también de la buena nueva que a él ha sido anunciada. El celo del apostolado se comprende en las almas llenas de fe que arden en caridad.

Hay ciertamente algunas formas de apostolado reservadas a los cristianos de selección. Así como la conscripción universal no impide que haya soldados de oficio; la universalidad del apostolado cristiano no es tampoco obstáculo para que haya Apóstoles de profesión. Esta santa vocación es en algunos más fuerte, más decidida, los absorbe del todo. Para predicar a Jesús y su Evangelio, esos Apóstoles típicos, privilegiados, todo lo abandonan: negocios de la tierra, familia y hasta la misma patria, si es necesario, para recorrer mares tempestuosos, comarcas inhospitalarias y pueblos salvajes, anunciando la paz. Radiantes figuras como éstas, son conocidas de siglo en siglo: Pablo de Tarso, Agustín de Inglaterra, Bonifacio de Alemania, Cirilo y Metodio, Francisco Javier e innumerables otros caballeros de Cristo, para quienes no había dificultad que resistiese, ni sacrificio que pareciese temible.

Pero la gran admiración que en nosotros despierta su grandeza y el nobilísimo deseo de imitarlos más de cerca, si a ello Dios nos llama, no debe hacernos olvidar otras formas de apostolado más humildes y más difundidas. Aun cuando este gran apostolado está destinado especialmente al Sacerdote, eso no impide que esté también abierto a los laicos, como que en la edad antigua de la Iglesia, muchos de los monjes más célebres y beneméritos fueron laicos y también en los anales más recientes están inscritos los nombres de muchos de ellos, como insignes defensores de la fe. Y ya que son laicos

los que combaten la Iglesia, con buena o mala fe; por medio de libros, periódicos, públicas reuniones y organizaciones tenebrosas, ¿por qué no pueden también otros laicos salir a la defensa de Ella con las mismas armas que el Sacerdote no puede manejar? Sin duda socialmente tiene más autoridad la acción del Sacerdote, pero individualmente es más edificante la acción del laico; la palabra del Sacerdote es más impersonal, pero, en cambio, es más personal el acento del laico y algunas cosas dichas por él son tanto más impresionantes y benéficas, cuanto menos esperadas. Además, el laico puede ir, a veces, a partes donde el Sacerdote no podría llegar: ambientes donde no le permitirían la entrada o donde él, con su hábito, se sentiría fuera de lugar.

Existe también el apostolado de la familia, ejercido en casa por medio de una palabra dicha o callada a tiempo. ¡Cuánto bien pueden hacer de esa manera los padres a los hijos y éstos a aquellos, y qué mejor modo habrá de sentirse hermanos que tratar de ayudarse recíprocamente por el sendero del bien!

Otro apostolado es el de la amistad, porque cuando ésta es sólida, significa comunicación de pensamientos y de afectos; buenos, por supuesto, y en ese caso se convierte en apostolado.

Equivocado está quien cree que el apostolado se ejerce sólo hablando o predicando; no olvidemos que se predica también callando, soportando y sobre todo con el buen ejemplo, que es el arma que hasta los más humildes pueden victoriosamente manejar.

Regina Apostolorum, ora pro nobis.

XXVII

LOS MARTIRES

Bien singular es la historia o fortuna de la palabra "Mártir", ya que desde los tribunales, ha pasado ella a los altares. Los griegos llamaban mártir a un testigo citado en contra o en defensa en un juicio. Para nosotros los cristianos, mártir es el testigo más indiscutible, indiscutido y más generoso de la más alta verdad.

El martirio evoca para nosotros una serie de dolores y tormentos heroicos: niños, ancianos, tímidas doncellas y hombres fuertes, que en medio de crudelísimas torturas, dan su sangre y su vida, antes que renunciar a Jesús y a su ley. La santidad es la íntegra consagración de la vida a Jesús y el martirio es el sacrificio de la vida por El. La santidad común es la virtud del tiempo de paz y el martirio es el heroísmo del tiempo de guerra. Saboreemos la grandeza del martirio cristiano y saquemos de él algunas prácticas lecciones.

Los mártires son los campeones de las nuevas y maravillosas batallas que encendió Jesús con su palabra en el seno de la humanidad, cuando dijo: "No he venido a traer la paz al mundo, sino a desenvainar la espada". Son extrañas batallas, porque están constituidas por ideas y no por vulgares intereses. Y, aunque la humana miseria explica tantas cosas, es bien extraño, por cierto, que la verdad y el amor predicados por Jesús y los suyos pudiesen despertar tan odiosa oposición. Si no venía Jesús a disputar el imperio a César, ¿por qué intervenía

Pilato en su contra? Si los Cristianos no negaban obediencia a los Emperadores, ¿por qué éstos les negaban la libertad? Nos parecería extraño encarnizamiento de una parte de la humanidad contra el Evangelio y sus pregoneros y seguidores, si no conociéramos la palabra evangélica que dice que los que tenían el ojo interior corrompido prefirieron las tinieblas y cobraron odio ciego a la luz: "Dilexerunt homines magis tenebras quam lucem". Es un misterio, pero un misterio edificante este encarnizarse de los hombres de las tinieblas contra el Evangelio, echando mano de las armas de la violencia. Es un misterio edificante, por cuanto prueba con evidencia que no encuentran ninguna otra arma más espiritual contra el Evangelio. Nuestros antepasados en la fe, los primeros cristianos, debían sentirse muy orgullosos cuando veían que el paganismo recurría a la fuerza brutal contra ellos y su doctrina.

Pero a estos soldados de la verdad y de la justicia, lanzados a la conquista del mundo, les había dado Jesús una consigna más extraña todavía: no debían, naturalmente, recurrir a iniciativas violentas y ni siquiera oponer la fuerza a la fuerza y no sólo no debían entrar los primeros al campo de la lucha brutal, sino que aun provocados, debían dar pruebas de la más invicta mansedumbre. En un mundo en el cual hacer o aceptar la guerra significa siempre matar, al menos si se quiere vencer, dijo Jesús a sus soldados que para vencer debían sacrificarse y morir. Y los soldados aceptaron la insinuación del jefe que les hablaba no sólo con la elocuencia de la palabra, sino también con el ejemplo. La respuesta que el Cristianismo dio a la guerra contra él empeñada por el paganismo fue el martirio, y los mártires quisieron dejar el triste privilegio de la violencia, a las fuerzas contrarias al Cristianismo, comprendiendo que morir significaba desplegar en toda su victoriosa magnificencia las energías indómitas del espíritu frente a las de la materia. En efecto, el mártir no es sólo el soldado ex-

traño que únicamente sabe morir, sino también el héroe de la fe y de la caridad. Lo más que un hombre puede hacer por su doctrina es demostrar cuán sincera y tenazmente convencido está de ella, porque las convicciones a medias apenas rozan la piel, pero las íntimas y profundas penetran las almas; de manera que ante un hombre que con los hechos prueba tener una fe tenaz y pura, respetuosos se detienen todos al principio, para terminar después vencidos. Pero la mayor prueba que un hombre puede dar de la sinceridad de su fe, es morir por ella; más allá no puede llegarse. Es menester creer, dijo Pascal, en testigos que se dejan degollar. El arma de la victoria que dio Jesús a sus discípulos fue la fe: "Haec est victoria qui vincit mundum, fides nostra", y los discípulos nunca blandieron mejor esta arma refulgente, que cuando por ella daban la vida. ¡Y la daban con tanto amor... con tanta generosidad de perdón! Nunca se oyó una queja en los labios de los mártires al ver que los privarían de la vida que huye, aun cuando muchas veces la suya estaba en flor y la muerte significaba no sólo la sepultación de algunas realidades presentes, sino de miles de dorados sueños para el futuro. Nunca profirieron tampoco una palabra de odio o resentimiento para el verdugo. Tenían ante su vista el ejemplo de Jesús, el mártir divino, que había muerto rogando por los que le crucificaban y tratando de atenuar su culpa. Así morían los mártires, rogando por sus verdugos; con gusto los habrían abrazado, y espiritualmente ya lo hacían, considerando que les debían el mayor servicio; que esos infelices ejercían ese oficio a causa de su ceguera. Si hubiesen podido éstos sentir la onda de afecto que de sus corazones brotaba, no habrían tenido valor para ejecutarlos. Estos hombres que mueren por una idea y ni aun muriendo dudan de su bondad, y proclaman su fe ante el verdugo que los atormenta, así como antes lo hacían en medio de una muchedumbre que los aplaudía, y al morir aseguran que esa idea no

muere ni morirá, esos hombres que, al caer víctimas del odio más brutal, tienen una sonrisa de bondad y una palabra de perdón, nos conmueven y entusiasman.

Nos dio Jesús la mayor prueba de su caridad, muriendo por nosotros; los mártires, sus más fieles amigos, a su vez le demostraron su amor dando la vida por El. Fueron ellos, sin duda, los mejores sembradores de la buena nueva, porque regaron la semilla con su sangre. Aun fuera de nuestras filas, los hombres dan a sus héroes el nombre de mártires. Ciertamente que es bello, glorioso y heroico morir por la patria o por la ciencia, pero ni la una ni la otra valen lo que Dios y la humanidad, y nuestros mártires han muerto por esta causa.

Sin duda alguna no se puede amar verdaderamente al Cristianismo, si no se está dispuesto a sufrir por hacerlo triunfar y hasta a morir, antes que renunciar a él. No siempre se presenta la ocasión de dar la vida, pero con frecuencia podemos sacrificar en el altar de nuestras cristianas convicciones un odio, una pasión o un placer.

Regina Martyrum, ora pro nobis.

XXVIII

LOS CONFESORES

En un tiempo, la Iglesia dio a este término un significado nobilísimo que la liturgia conserva. Confesor es el que por medio de su manera de vivir y de sus obras rinde testimonio de que es seguidor de Cristo. No se trata aquí de confesión de culpas, sino de fe; no de confesión de palabras, sino de obras. También la confesión de palabras puede, a veces, ser necesaria y ser virtud; la palabra misma es entonces una obra. Frente a un mundo escéptico, frívolo, mentiroso, hipócrita, hay que publicar la propia fe, y publicarla alto, toda entera, sin ambages ni sobreentendidos. Callar, en tal caso, sería vileza. El mismo Jesucristo lo manifestó al decir: "Si alguno se avergüenza de Mí delante de los hombres, Yo me avergonzaré de él delante del Padre celestial". Así lo afirma también San Pablo: "No me avergüenzo del Evangelio". Y agrega: "Yo lo predico a diestra y a siniestra, para desenmascarar la falsa religión judaica y la profanidad griega". Esta confesión de palabra es, por su misma naturaleza, intermitente, como que tiene lugar en las grandes ocasiones; en cambio la que se hace por medio de las obras es constante y asidua.

Los fariseos ostentaban sus principios mediante su conducta externa: oraban en alta voz y en público, no sólo sin temor, sino por placer y llevados por el deseo de ser vistos; al ayunar andaban con rostro triste y turbado, para que todos supieran que estaban haciendo

penitencia. Y a todo el mundo anunciaban su limosna, dejando caer la moneda desde muy alto para que hiciese gran ruido. La de éstos no era confesión, sino ostentación, y Jesús la condena. Desea, en cambio, que el cristiano sea una luz espontánea, tranquila y victoriosa, a través de sus obras, porque la luz no deslumbra, sino resplandece, y es menester que por sus obras se dé a conocer cada uno de ellos como hijo de Dios y dé al Padre la debida gloria. De esta manera, el verdadero cristiano es un confesor, pues callando habla y silenciosamente instruye, ya que sus obras hablan por él; basta observar la modestia de su mirada, la humildad de sus ademanes, su caridad bajo todo punto de vista y la temperancia de su vida. Se convierte así en una continua y edificante predicación, más eficaz que las palabras. Así han confesado su fe en Dios los santos, a quienes la Iglesia, en su lenguaje litúrgico saluda con el título de confesores. Y, de manera especial lo han hecho por medio de la caridad, siguiendo las instrucciones de Jesús que dijo: "En esto os reconocerán como mis discípulos, si os amáis recíprocamente".

La humanidad ha sentido en esta actuación de los santos, en esta su vida tan diversa de la vida de los demás, tan contraria y tan superior a todo lo que es instinto espontáneo y prepotente, una fuerza divina, por lo que hubo de exclamar: Aquí está el dedo de Dios.

Es así como el santo puede ser santo aun callando, santo sin hacer materialmente nada de extraordinario, santo en el perfecto cumplimiento del más humilde de los deberes.

Solemos distinguir entre santos de acción pública, solemne, y santos de vida oculta y silenciosa. Los primeros, clementes confesores de Cristo y de su Evangelio, no buscaban en manera alguna la publicidad; los otros, no temían vivir apartados del mundo para servir a Dios por medio de su oración y penitencia. Entrambos eran Confesores, porque manifestaban su fe con sus obras.

Y ¿qué mejor prueba de ella podían dar, que haciendo del Evangelio la regla práctica de toda su vida? Los santos son el Evangelio en acción, el Evangelio vivido. Observad el Credo y os daréis cuenta de que es el Evangelio en pensamiento; observad a un santo y veréis que es el Evangelio puesto en obra: es decir, son la misma cosa en dos lenguas; la misma realidad copiada con dos escrituras diferentes. Podéis escribir la música, o sea, traducirla en signos; la podéis ejecutar, o sea, traducirla en sonidos. La música es la misma, ya escrita, ya ejecutada, pero la ejecutada con instrumentos musicales o con el canto, es la que agrada, la que convence de su arte y de su armonía. Así el Evangelio: es una música divina escrita; pero sólo traducido en obras por un santo convence de su nobleza y santidad. Los santos han creído en el Evangelio; nosotros decimos también que creemos y sinceramente quisiéramos que así fuese, pero no lo conseguimos del todo. Nuestra voluntad es débil cuando se trata de poner en práctica los propósitos, porque no es bastante activa; es más bien verbal y sentimental. Escuchamos los consejos del Evangelio, pero no en la forma que debiéramos, sino con mil reservas y excepciones. Se nos dice en él que debemos ser sinceros, y sin duda desearíamos serlo, pero sólo hasta cierto punto; se nos recomienda también allí que seamos caritativos, que perdonemos, que hagamos bien a quien nos hace mal, pero no obedecemos plenamente, considerando que eso sería demasiado y hasta una exageración. En cambio los santos, los confesores, han observado los consejos evangélicos en toda su extensión, convencidos de que seguían el verdadero camino, y la humanidad ha ganado con esa manera de proceder, pues ha quedado el ejemplo ante su vista. Para los hombres perfectos, el Evangelio ha sido guía segura, inspiración poderosa de la virtud y consuelo en sus dolores.

Los santos no sólo han practicado el Evangelio, sino

que han imitado a Jesús, que es el Evangelio viviente. Estos discípulos perfectos han constituido para El una grande aureola, en la que nosotros también debiéramos tomar parte. Confesemos, pues, a Cristo con la palabra, libres de todo respeto humano y confesémoslo asimismo con nuestra actividad, venciendo toda debilidad humana, de manera que toda nuestra vida rinda testimonio de la alta sabiduría del Evangelio.

Regina Confessorum, ora pro nobis.

XXIX

INMACULADA

Tratar de conservarse sin mancha debe ser, en realidad, el ideal de todo cristiano que quiera seguir las huellas de María y estar dispuesto a dar la vida antes que pecar.

Además de ser una ofensa a Dios, el pecado es la fealdad, el envilecimiento y la mancha del alma, es el demoledor de la sociedad. Palpamos aquí la solidaridad entre Dios y el hombre, entre Dios y cada uno de nosotros, entre Dios y todos nosotros; solidaridad férrea, superior a toda voluntad. El Cristianismo toma en cuenta especialmente en el pecado la ofensa a Dios. No olvidemos la sublime definición de San Juan: Dios es amor: "Deus caritas est". Y el pecado es frialdad, egoísmo y Odio. Dios nos ama y, al no corresponderle, sufre su amor con nuestra frialdad, así como una madre vibrante de cariño sufre con la indiferencia del hijo, o el maestro que arde en entusiasmo por la ciencia, se desconsuela al constatar la pereza de sus discípulos. Quiere Dios una cosa y nosotros, al pecar, demostramos querer otra. Esta voluntad contraria no provoca en Dios algo semejante al despecho que nos asalta a nosotros cuando nos vemos contrariados en nuestros quereres egoístas, sino algo parecido a la tristeza profunda que experimentamos al no poder poner en práctica nuestra voluntad buena y benéfica. Como sucede, por ejemplo, con un médico, al constatar su impotencia para dominar el mal de un enfermo

muy querido. Esta tristeza de Dios, si es lícito hablar así, toma una consistencia visible y tangible en el Corazón de Cristo, que ha sufrido y derramado lágrimas de sangre por los pecados de la humanidad, porque sabe que son ellos la causa de su ruina.

El secreto de la verdadera belleza del cuerpo es la salud. Lo mismo acontece al alma: es hermosa si está sana, es decir, buena; entonces el esplendor de Dios irradia a través de ella, dándole vida. Ciertamente que no es un capricho lo que impone a la inteligencia humana la búsqueda y la contemplación de la verdad, sino la vida misma del intelecto, que necesita de la verdad, tanto como el estómago de pan. Con ella y por ella vive y fuera de ella muere, así como sin la luz se estingue la vida. No es un capricho lo que impone al corazón bondad y santidad de afectos: sin ellos se cansa y se consume, como acaece al estómago al recibir alimentos descompuestos. Por medio de su ley Dios intima su voluntad, pero es una voluntad benéfica, sugerida, inspirada y guiada por el deseo de nuestro bien y de satisfacer los anhelos de infinito que bullen en el alma.

Siendo el Señor Dios de vivientes, desea para nosotros una vida verdadera, plena y exuberante. Al rebelarnos contra su ley, vamos seguros hacia la muerte; más que rebeldes a su Voluntad, nos declaramos enemigos de nosotros mismos. El alma se agota, se envilece y se mancha. Entonces el esplendor divino se eclipsa, el hombre se embrutece y mata en sí mismo el espíritu, que, como espíritu de Dios, es santo. ¡Cuán repelente es un hombre malvado! Hasta su rostro suele mostrar las huellas de la culpa, cuando está encenagado en el vicio. Se nota algo desentonado en la voz, cuando se dice una mentira; una brutalidad idiota se revela en el rostro del hombre sensual, entregado a los placeres de la mesa o de los sentidos; los ojos del vengativo se notan violentos, feroces, inyectados en sangre. Sube el fango a la superficie y muere la luz, al profundizarse y

extenderse la mancha de la culpa. ¡Cuánta fuerza y belleza resta el pecado a la humanidad! ¡Cómo entorpece la inteligencia! ¡Cuántos corazones hay que, desgraciadamente, son fríos para las más nobles causas y cálidos para las más torpes! Sin lugar a duda, el pecado al aislar al hombre, envenena y desmorona la sociedad.

Somos todos hermanos por naturaleza y estamos obligados a ayudarnos, a prestarnos apoyo y a compadecernos mutuamente; pero el pecado nos hace enemigos unos de otros. A causa de la envidia, miramos como disminución de la nuestra la felicidad de los demás. Por falta de sinceridad, complicamos nuestras relaciones sociales y destruimos esa confianza recíproca que es la base sólida de la convivencia fraterna. El odio, el pecado de los pecados, desencadena las guerras que hacen derramar sangre a raudales. En una palabra, el pecado constituye la vergüenza y la desgracia del género humano. Nos lamentamos con frecuencia de los dolores que experimentamos: enfermedades que nos consumen, terremotos que todo lo destruyen, etc., pero no tomamos en consideración cuánto mal nos hacemos con nuestra iniquidad.

Alcemos nuestros ojos hacia María, nobilísima y gentilísima criatura inmaculada exenta de toda mancha. Ella nos ayudará a luchar con fe viva en Dios para vencer los peligros y tentaciones. El cristiano que vive así en la gracia de Dios, mira sin temor el porvenir.

Regina sine labe originali concepta, ora pro nobis.

XXX

LA CORONA DE GLORIA

Esta invocación nos convida a contemplar la muerte santísima y dichosísima de María, su asunción en alma y cuerpo al cielo y su coronación.

La muerte y asunción de María santísima es el misterio de la inocencia, de la bondad y del dolor.

Misterio de la inocencia, en el sentido más amplio y absoluto de la palabra.

Según la doctrina de San Pablo, el pecado es el germen de la muerte, la gota de veneno que perturba y troncha la vida. Ahora bien, María es inocentísima: puras están sus manos de toda obra de iniquidad, puros sus labios de toda culpa de palabra, pura su mente de todo pensamiento de contaminación y de orgullo. Su inocencia es no sólo completa, sino radical, porque Ella ignora la sombra misma del pecado y la raíz de toda malicia. Por eso, la muerte sólo osa rozarla, sin vencerla, y se ve obligada a declararse derrotada por María, que es fuerte por su inocencia y su bondad. Porque la inocencia que Dios y el Cristianismo, intérprete suyo fidelísimo, glorifican, no es la inocencia negativa de quien ignora el mal y le huye, sino la inocencia positiva de quien profesa y propugna la bondad. Así como no tener deudas es el comienzo y despuntar de la riqueza, no obrar el mal es apenas el principio de la bondad. Si en la vida económica nadie quiere detenerse en este punto, sino seguir el camino del enriquecimiento, así

y con mayor razón debe procederse en el orden moral, concentrando en la actividad del bien todas aquellas energías que se logren sustraer a la práctica del mal. Fue ese el programa de María. No es la suya la inocencia de la inercia, sino la de la actividad, la que llamamos santidad. Fue su vida un conjunto de virtudes y buenas obras, de humildad, paciencia, mansedumbre y caridad.

La bondad acerca el hombre a Dios, es fuente de vida, enemiga de la muerte. La bondad acercó María al Eterno, uniéndola íntimamente a El y su alma inundada de luz, la irradiaba sobre el cuerpo, al que la muerte rozó sin dañar, tocó sin vencer.

El misterio de la glorificación de María es una justa compensación a sus dolores. Su vida, así como la de Jesús, fue cruz y martirio, tanto más doloroso, cuanto que sufrió inocentemente.

Para Nuestro Señor el título de gloria fue el sufrimiento: habiéndose hecho obediente hasta la muerte de cruz fue exaltado por Dios. Este pensamiento debe ser para nosotros los cristianos, motivo de inefable consuelo, ya que el dolor es la realidad inevitable de nuestra existencia. En medio de nuestros sufrimientos levantemos los ojos al cielo, que haremos nuestro si los aceptamos con cristiana resignación.

La coronación de María da la mano a la anunciación. Este fue misterio de humildad; aquél, de gloria.

La más humilde entre las mujeres recibió la suprema glorificación. Tiene así cumplimiento la palabra de Jesucristo, que dijo: "El que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado". Es ésta una ley justísima, puesto que el orgullo merece una lección. El orgulloso es el hombre que se sale de su puesto; es menester volverlo a él por medio de la humillación. Además, ambos misterios, el de la humildad y el de la gloria, se compenetran, ya que hay gloria en el misterio de la humildad y humildad en el de la gloria.

¡Cuán grande es María en el momento de la Anun-

ciación, al pronunciar aquellas humildísimas palabras: "¡He aquí la esclava del Señor!" Y en la coronación, en su glorificación suprema, ¡cuán admirablemente humilde se muestra! Así la concibieron aquellos numerosos pintores cristianos que tanto se complacieron en representar esta glorificación de María. Este enlace de humillación humana y glorificación divina nos descubre la verdadera naturaleza de la humildad cristiana, virtud que está destinada no a empequeñecer al hombre, sino a engrandecerlo. La humildad es la aspiración a la verdadera grandeza espiritual. La corona mística, con la que ciñe Dios la frente de la Virgen, como es premio a la humildad, es también corona de justicia. Así la llamó San Pablo: "Corona iustitiae".

Gran tristeza sentimos al constatar con cuánta frecuencia se desconoce y se pisotea el verdadero mérito, mientras lo que nada vale se exalta. Ante semejante espectáculo, algo protesta en nuestro interior y es el sentimiento de la justicia, que allá arriba tendrá compensación. Los hombres son hijos de la iniquidad, pero Dios es el Padre de la Justicia. El teatro de las apariencias es la tierra; el cielo es el mundo de la realidad.

Dios, que pone la corona sobre la cabeza de María, la colocará también sobre la de aquéllos que imiten sus virtudes. A diferencia de las tejidas por los hombres, ésta será eterna. En medio de las dificultades que para la práctica de la virtud se nos presenten en las humillaciones y desagrados, pensemos en la incorruptible corona que en el cielo nos está reservada.

Reina subida al cielo, ruega por nosotros.

XXXI

EL SANTO ROSARIO

Al pensar en Nuestra Señora del Rosario, me viene a la mente una invocación conocidísima, de las letanías laurentanas: "Vas insigne devotionis". La Virgen es la perfecta maestra de la perfecta oración; es ese su valor específico. Nuestra Señora de los Dolores nos enseña a sufrir bien, cristianamente bien; con cristiana resignación. La Virgen de Nazaret nos muestra el trabajo cristianamente hermoso y sereno. Nuestra Señora del Rosario nos indica la manera de orar bien, con perfección.

No es esto cosa fácil, porque, desgraciadamente la religión está amenazada por la superstición, así como el arte lo está muy de cerca por el artificio, el viviente por el parásito. El egoísmo tiende lazos a la caridad, la materia hace lo mismo con el espíritu y la pereza con la actividad.

Tenemos en el Rosario la escuela perfecta de la oración cristiana: sintética, armónica, integral; es oración vocal y mental al mismo tiempo. Desgraciadamente con respecto a muchos, puede repetirse (poniéndolo en los labios de Dios) aquello que Isaías llorando decía de sus contemporáneos judíos: "Este pueblo me honra sólo con los labios" o, cuando mucho, más con los labios que con el corazón; es la suya una oración vacía, semejante a un sonido estéril, porque el alma está ausente. Sin duda, hay también algunos que querrían que la plegaria no tuviese ninguna forma exterior, como si el hom-

bre fuese un puro espíritu, un ángel; pero éstos son muy pocos.

El Rosario es contemplación, meditación piadosa, aplicación del alma al sujeto más clásico de la vida cristiana... ejercicio interno, espiritual. Es un fuego interior que, avivado por el soplo de la meditación, desea abrasar. Muévense los labios articulando oraciones, pero entre tanto el alma contempla y medita: contempla el eterno cuadro tan rico de luces perfectas y de sombras misteriosas, en el que hay tanto que admirar e imitar. Se representan allí los gozos, dolores y triunfos de Jesús y de María; es un cuadro accesible a las inteligencias más humildes; pero que, al mismo tiempo, consideran admirable los entendimientos más penetrantes y agudos. Es fascinador por la viveza de sus colores, la humana sencillez de sus líneas, la divina belleza de expresión y la inextinguible riqueza de sus enseñanzas; en él se encuentran temas de meditación siempre antiguos y siempre nuevos.

La serie de los quince cuadros sugestivos podría llamarse en pocas palabras: una cinematografía sagrada. Están representados allí, para los fieles, la humilde morada de la Anunciación, la hospitalaria casa de Isabel, la rústica gruta de Belén, el Templo visitado por Jesús, la subida al monte Calvario y la crucifixión, para terminar con la gloria del Resucitado y la coronación de su Madre.

Esta manera de orar, por sí misma edificante, es la que los ascetas llaman oración mental y suena a recogimiento y concentración de espíritu. Al nutrirse con el alimento más escogido y exquisito, el alma llega a veces a provocar los éxtasis más sublimes y a recordar las realidades más concretas. Es el llamado a la imitación de Cristo, hecha prácticamente posible, fácil y agradable. Es la ascensión del alma con Dios, ya que por medio del Rosario sube el fiel con Jesucristo, por el camino del dolor y del deber, al olimpo de la gloria.

Ni falta tampoco en esta escuela del Rosario, el coloquio, que es la oración en su más obvia figuración, como discurso del alma con Dios. El hijo conversa con el Padre, la criatura con el Creador. Y sus palabras son las más bellas que jamás pudieran encontrarse: son las palabras de Jesús. Nos las ha dictado el Hijo de Dios vivo y verdadero; el que conocía a Dios y tenía el secreto del diálogo entre el hombre y Dios.

Una de las flores de este rosedal mariano es el Padrenuestro, flor bellísima y divina, oración por medio de la cual el alma se eleva a Dios y le pide las mejores cosas. Es éste otro dualismo de la oración humana. Mediante ella el hombre debe subir hasta Dios, para que la plegaria sea digna de El, pero debe también satisfacer a sus necesidades y casi descender consigo mismo y colocarse resueltamente en el abismo de miserias que Dios quiere redimir. Con la sublimidad de sus primeras invocaciones y por medio de las últimas peticiones tan prácticas, el Padrenuestro obtiene ambos resultados.

Junto a la flor masculina del Padrenuestro encontramos la tenue flor del Ave María, que es saludo del Angel y la invocación del hombre; impulso de vida y súplica ante la muerte.

El Rosario es escuela social de oración.

El egoísmo, con su frialdad y sus rigores, nos aísla de nuestros hermanos. En cambio, la verdadera y buena piedad debe dilatarnos y amalgamarnos con todos, uniéndonos con Dios.

Así es el Rosario. Puede recitarse solo, pero es mejor hacerlo en compañía. Es la oración clásica de la familia, reunida en torno al hogar doméstico; la plegaria espontánea de aquella familia, sólo en parte artificial, que se llama el colegio; la de las comunidades religiosas; la oración de la tarde, que el pueblo cristiano hace en la iglesia: "Ruega por nosotros". Esta expresión repetida en coro adquiere también su material verdad.

El Rosario es el coro de los laicos y el breviario de las almas sencillas.

Así oraba sustancialmente Nuestra Señora. Conservaba en su corazón los misterios de la vida de Jesús. La vida de oración de la Madre fue una continua meditación de los misterios del Hijo, el cual repetiría con Ella las palabras del Padrenuestro, antes de enseñárselas a los Apóstoles. El primer Rosario del mundo brotó, pues, de los labios de entrambos, como escuela de alta y divina oración.

Quiera la Virgen del Rosario enseñarnos a orar con Ella y como Ella.

Que nos enseñe a orar meditando; a orar elevando a Dios nuestra alma; a orar con humildad de criaturas y confianza de hijos; a orar entonando a la oración toda nuestra vida. Cúmplase así el ardiente voto de que Ella, sí Ella, ore por nosotros y con nosotros, y nosotros con Ella:

Ora pro nobis.

Indice

I.—Sancta Maria — Haceos Santos 7
II.—Sancta Dei Genitrix — La Sierva del Señor ... 11
III.—Sancta Virgo Virginum — Madre y Virgen ... 15
IV.—Mater Christi — Madre de Jesús 19
V.—Mater Divinae gratiae — Llena de gracia ... 23
VI.—Mater purissima — Sed puros 27
VII.—Mater amabilis — Sed amables 31
VIII.—Mater admirabilis — Sed admiradores 35
IX.—Mater Salvatoris — Jesús Redentor 39
X.—Virgo prudentissima — Sed prudentes 44
XI.—Virgo Veneranda — Respetad 48
XII.—Virgo potens — Sed fuertes 52
XIII.—Virgo clemens — Sed clementes 56
XIV.—Virgo fidelis — Sed fieles 60
XV.—Speculum justitiae — Sed justos 64
XVI.—Causa nostrae laetitiae — Sed alegres 67
XVII.—Vas insigne devotionis — Sed devotos 70
XVIII.—Rosa Mistica — Enamoraos de Cristo 74
XIX.—Foederis arca — Amemos a la Iglesia 78
XX.—Janua Coeli — Una mirada al cielo 82
XXI.—Stella Matutina — La mañana de la vida ... 86
XXII.—Salus infirmorum — Salud y enfermedad ... 90
XXIII.—Refugium peccatorum — El perdón 94
XXIV.—Consolatrix afflictorum — Consolad 98
XXV.—Auxilium Christianorum — La Iglesia 102

XXVI.—Regina Apostolorum — Sembrad el bien 106
XXVII.—Regina Martyrum — Los mártires 110
XXVIII.—Regina Confessorum — Los confesores 114
XXIX.—Regina sine labe — Inmaculada 118
XXX.—Regina in coelum assumpta — La corona de gloria 121
XXXI.—Regina Sacratissimi Rosarii — El Santo Rosario 124

Se terminó de imprimir
el 12 de noviembre de 1960
en los talleres de la
Sociedad de San Pablo en
Vicuña Mackenna, 10777
SANTIAGO DE CHILE

BX2161 .S47
Maria, ideal de santidad
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00039 2540